

9636

G. Shakespeare

EL REY LEAR

Drama en cinco actos
y nueve cuadros

Escena

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

6



EL REY LEAR

Esta obra es propiedad y nadie podrá, sin permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se haya celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL REY LEAR

DRAMA EN CINCO ACTOS Y NUEVE CUADROS

REFUNDICION DE LA OBRA DE

WILLIAMS SHAKESPEARE

POR

JUAN B. ENSEÑAT



BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA

45 - Conde del Asalto - 45

1913

PERSONAJES

EL REY LEAR. (Pronúnciese *Lear* con la *a* casi muda).

EL REY DE FRANCIA.

EL DUQUE DE CORNUALLES.

EL DUQUE DE ALBANIA.

EL CONDE DE KENT.

EL CONDE DE GLÓSTER.

EDMUNDO, hijo bastardo de Glóster.

EDGARDO, hijo legítimo de Glóster.

EL DOCTOR.

EL BUFÓN.

OSVALDO, escudero de Gonerila.

ANGO, servidor de Glóster.

UN JEFE, al servicio de Edmundo.

UN CABALLERO, al servicio de Lear.

UN CABALLERO, al servicio de Cordelia.

UN MENSAJERO.

UN HERALDO.

GONERILA.

REGANIA.

CORDELIA.

} Hijas de Lear.

Sirvientes del Duque de Cornualles, Caballeros al servicio de Lear, Jefes, Mensajeros, Soldados y Sirvientes.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Salón regio en el palacio de Lear

KENT, GLÓSTER; EDGARDO y EDMUNDO a cierta distancia

KENT Yo creía que el rey, entre sus yernos, prefería el duque de Albania al de Cornualles.

GLOS. Así lo hemos creído todos, mas por lo que hoy se ve, en el reparto de sus dominios, no es fácil conocer a cuál de los dos se inclina. Yo haría lo mismo si como padre pudiese escuchar únicamente la voz de mi corazón.

KENT ¿Tenéis más de un hijo?

GLOS. El otro que veis se crió a expensas mías, y poco a poco me acostumbré a reconocerle.

KENT No concibo...

GLOS. La que le concibió fué su madre... El vino al mundo con toda felicidad sin que nadie le llamase. ¿Comprendéis ahora mi falta?

KENT Si no os duele la sobra que trajo...

LEAR 2

- GLOS.** Tiene un año menos que el legítimo, pero no un grado menos en mi afecto, porque lo merece, y él corresponde con más transporte que el otro. ¡Edmundol... ¿Conoces a este noble caballero?
- EDM.** (Acercándose.) No, señor.
- GLOS.** Es el conde de Kent, mi honorable amigo, y como a tal le considerarás en adelante.
- EDM.** (Inclinándose ante Kent.) A vuestras órdenes, señor...
- KENT** Contad con mi aprecio, que espero aumentará a medida que os conozca.
- EDM.** Me esforzaré, señor, en merecerlo.
- GLOS.** Ha estado nueve años fuera, y dentro de poco ha de volver a marcharse. (Óyese ruido de trompetas.) El rey viene.

ESCENA II

LEAR, GONERILA, REGANIA, CORDELIA, EL DUQUE DE ALBANIA, EL DE CORNUAILLES, KENT, EDGARDO y EDMUNDO que se mezclan con la comitiva de magnates y cortesanos. Todos se inclinan ante el rey que sube las gradas del trono.

LEAR (A sus hijas.) A mi lado, hijas mías... (A los nobles, invitándoles con el gesto a que se sienten.) Señores... Vamos a manifestaros nuestras más íntimas determinaciones... (A un chambelán que llevará un pergamino arrollado en la mano.) Desarrollad ese plano. (Dos chambelanes desarrollan el pergamino a los ojos del rey.) Sabed que hemos dividido en tres partes nuestro reino. Hijo mío de Cornualles, y vos el de Albania, hijo no menos querido, hemos resuelto declarar hoy públicamente el dote que a cada una de nuestras hijas señalamos, a fin de prevenir desde

hoy toda futura contienda. Hablad, hijas mías; decid cuál de vosotras nos profesa mayor afecto, a fin de que se extienda más generosamente nuestra bondad sobre la que más lo merezca. Hable la primera como primogénita, Gonerila.

GON. Os amo, señor, más de lo que pueden expresar las palabras, más que la vista, más que el espacio y más que la libertad, sobre cuanto hay de precioso, de rico y de singular, no menos que la vida cuando va acompañada de la gracia, de la salud, del honor y de la belleza, tanto como puede amar un hijo y ser amado un padre.

CORD. (¿Qué ha de hacer Cordelia? Amar y callar.)

LEAR Todo el reino de Súsex con sus ciudades, villas y puertos, todo el terreno comprendido desde esta a esotra línea, (Señalándolas con el dedo sobre el plano.) te lo doy en pleno señorío, para que se perpetúe en tu descendencia habida del de Albania. ¿Qué dice ahora nuestra segunda hija, nuestra querida Regania, esposa del de Cornualles? Expílicate.

REG. Soy hecha del propio metal que mi hermana, y estimo mi afecto no inferior al suyo. En la sinceridad de mi corazón encuentro, pero en mayor grado, toda la intensidad del sentimiento que ella describe, pues hallo y cifro mi única felicidad en amar a vuestra incomparable alteza.

CORD. (Entonces, ¡pobre Cordelia!... pobre, no, porque estoy segura de que mi corazón es más rico que mi lengua.)

LEAR (Á Regania.) Para ti y los tuyos queda reservado en herencia este vasto tercio de nuestros dominios, el hermoso reino de Wéssex, que en extensión, en importancia y en todo género de atractivos, no cede al que acabamos de conferir a Generila. Ahora, tú, encanto nuestro, (A Cordelia.)

- tú, la menor, aunque no la inferior de nuestras hijas, cuyo temprano amor compiten en ganar dos pretendientes para rendirte las praderas de la Francia o los bosques de la Borgoña, habla a tu vez: ¿Qué dirás para adquirir un lote más opulento que tus hermanas?
- CORD. Nada, señor.
- LEAR ¿Nada?
- CORD. Nada.
- LEAR Habla de otra suerte, hija mía, o teme que de ese «nada», nada resulte.
- CORD. ¡Desgraciada de mí, que no puedo hacer subir mi corazón hasta mis labios! Os amo, señor, con toda mi alma, conforme a mi deber, ni más ni menos.
- LEAR Modifica tu respuesta, si no quieres perjudicarte.
- CORD. Mi buen señor; vos me distéis el sér, me habéis criado, me habéis amado; y yo, en debida correspondencia, como es de justicia, os obedezco, os amo, os honro hasta lo sumo. ¿Cómo es que mis hermanas han tomado maridos, si su amor, según ellas dicen, es exclusivamente para vos? Del matrimonio pueden nacer hijos, y la madre debe amarlos. Cuando me case, el que con darme su mano se hará dueño de mi fe, es probable que logre la mitad de mi cariño, de mi solicitud y de mis deberes. De seguro que no me casaré como mis hermanas, para no amar a nadie más que a mi padre.
- KENT (¡Noble criatura!)
- GON. (¡Imprudente!)
- REG. (¡Atrevida!)
- LEAR ¿Y es tu corazón el que habla?
- CORD. Sí, mi señor.
- LEAR ¡Tan joven y tan insensible!
- CORD. Joven, señor, y sincera.
- LEAR Sea, pues, así; tendrás la sinceridad en dte, porque... lo juro por la sagrada luz

del sol, por los misterios de la noche, por esas influencias de los astros en virtud de las cuales existimos y dejamos de existir, abduco desde ahora toda solicitud paternal, todo vínculo de sangre, todo parentesco contigo. Desde este momento para siempre te miro como extraña a mi corazón y a mi persona.

KENT
LEAR

(Adelantándose.) ¡Señor!...

¡Silencio, Kent! No te interpongas entre el dragón y su cólera. Era la que más amaba, y pensaba confiar mis postreros días a los desvelos de su ternura. (A Cordelia.) ¡Fuera de aquí! Evita mi presencia. Tan ciertamente como deseo paz para mi tumba, retiro de ella mi corazón de padre. (A dos chambelanes.) Llamad al rey de Francia. (A Glóster.) Glóster, acompañadlo vos en representación nuestra. (Salen Glóster y dos chambelanes.) Después de Cornualles y de Albania, repartid entre vosotros ese reino de Kent que forma el otro tercio de nuestros estados y que acrezca el dote de vuestras esposas. A uno y otro os invisto de mi poder, de mis prerrogativas y de todos los atributos que acompañan la majestad real. Por meses residiremos alternativamente con el uno y con el otro, reservándonos una escolta de cien caballeros mantenidos a vuestras expensas. No retenemos más que el título de rey y las señales que le son inherentes. El poder, las rentas, el ejercicio de la soberanía, vuestros son, mis queridos hijos, en confirmación de lo cual partid entre vosotros esta corona. (Les entrega la que ciñe.)

CORNU.

(¡Al fin!)

ALB.

(Inclinándose.) Señor, nuestra gratitud será eterna.

CORNU.

Seguid siendo la cabeza, señor; nosotros seremos vuestro brazo.

GON.

(Bajo a Cornualles.) ¡Todo será nuestro!

KENT Augusto Lear, a quien siempre he servido lealmente como a mi rey, amado como a padre, seguido como a dueño, y aun tenido presente en mis oraciones.

LEAR El arco está armado y la cuerda tirante; guardate de la flecha.

KENT Hiérame en mi corazón y en él encontrará el deber y la honradez. ¿Pensáis que el deber tenga miedo de hablar, cuando el poder se inclina ante la lisonja? La honradez exige franqueza al súbdito, cuando el soberano propende a la locura. Retractad vuestro fallo, y reflexionándolo mejor, volveos atrás de ese furioso aturdimiento. Sobre mi alma respondo que la más joven de vuestras hijas no es la que menos os quiere, y que no es éste un corazón vacío en que el más leve sonido despierta ruidosos ecos.

LEAR Ni una palabra más, Kent, si haces caso de tu vida.

KENT Nunca la he considerado sino como una prenda que debía aventurar contra vuestros enemigos, y jamás temeré perderla siempre que vuestra seguridad lo exija.

LEAR Lejos de mi vista.

KENT Miradme, Lear, con los mismos ojos que antes, que en nada desmerezco de lo que he sido siempre para vos.

LEAR (Fuera de sí.) ¡Por Dios vivo!

KENT ¡Por Dios vivo! ¡que tomáis el nombre de Dios en vano!

LEAR. (Mano a la espada.) ¡Oh, vasallo descreído!

ALB. y CORN. Deteneos, señor.

KENT Revocad vuestras donaciones, o mientras que pueda salir la voz de mi garganta, os diré que hacéis mal.

LEAR Esoucha, descreído; en nombre de tus deberes de súbdito, escúchame. Puesto que has intentado hacernos anular nuestra real palabra, lo cual jamás nos hemos permitido, y a interponerte con tenaz sober-

bia entre nuestra voluntad y nuestro poder, ahí va la recompensa. Cinco días te concedemos para reunir los medios de hacer frente a los menesteres de la vida, pero al sexto has de volver la espalda a nuestro reino, y si al décimo es encontrada tu detestable persona en los dominios de que te desterramos, aquel momento será el de tu muerte. Mi sentencia es irrevocable. ¡Vete! ¡Adiós, rey Lear! Conmigo se va la libertad; lo que aquí se queda es el destierro. (A Cordelia.) Tómete Dios bajo su amoroso amparo, tierna joven, que tan juiciosamente piensas y aun más discretamente hablas. Y vosotras... (A Gonerila y Regania.) ¡ojalá confirmen los actos vuestros prodigios ofrecimientos, y broten de vuestras protestas de ternura dignas obras! Kent se despide de vosotros, ¡oh! príncipes (a los de Albania y Cornualles,) y va a terminar en desconocidas regiones su fatigada carrera. (Sale.)

KENT

ESCENA III

Dichos menos KENT. Entra GLÓSTER y los chambelanes seguidos del REY DE FRANCIA y comitiva

GLOS. ¡Kent desterrado! (Alto, acercándose al rey.) Augusto señor, aquí está el rey de Francia. (Lear baja del trono y sale al encuentro del rey de Francia.)

LEAR (Al rey de Francia.) Ilustre príncipe, no quisiera recibir de vuestra amistad el desaire de que os uniéseis con la que yo detesto; suplicoos por tanto, que dirijáis vuestra estimación a más digno objeto que a una desventurada que la naturaleza casi se avergüenza de reconocer.

REY F. ¡Hecho más extraño! ella, que hace un ins-

tante era el objeto de vuestra predilección y de vuestros encomios, vuestro consuelo en la ancianidad, la más estimable, la más querida, ¿ha podido en un abrir y cerrar de ojos, cometer tan monstruosa culpa, que haya merecido ser desheredada de tanto aprecio? Una de dos; o su ofensa ha de ser de índole tan extraordinaria que justifique el castigo, o queda convencida de caprichosa vuestra posición prisionera, cosas que ni de ella ni de vos pueden creerse, ni admitirlas mi razón sin apoyo de milagro.

CORDELIA.

Si a delito se me atribuye el no poseer el arte sutil e insidioso de decir lo que no pienso, yo que cuando una cosa me propongo, antes de hablar la ejecuto, ruego a vuestra majestad se sirva declarar al menos que lo que de vuestro favor y gracia me ha privado no es infame mancha, ni alevo-
sa muerte, ni locura, ni acción inmodesta, ni deshonoroso paso, sino la carencia, por la cual cabalmente no me considero sino más rica, de unos ojos que solicitan de continuo y de una cierta lengua que me alegro de no tener, aunque esta falta me cueste la pérdida de vuestro cariño.

LEAR.

Más te valiera no haber nacido, que el haberme disgustado en demasía.

REY F.

¿No es más que esto? ¿No es más que una reserva de carácter avaro en manifestar lo que con más viveza siente?

LEAR.

Si, tal cual es, errante y proscripta, sin patria, sin perdón, sin más fortuna que nuestro enojo, os gusta para esposa, podéis tomarla.

REY F.

Hermosísima Cordelia, más rica cuanto más indigente, más escogida cuanto más postergada, más digna de amor cuanto más blanco de desprecio, desde luego acepto tu persona y tus virtudes. Legal es tomar lo que rechazan los otros. ¿No es extraño que los más fríos desdenes inflamen mi

amor hasta el más acendrado respeto? Vuestra hija sin dote, oh rey, tocándonos en suerte, reinará sobre nos, sobre nuestros súbditos y sobre la fértil Francia. Dales el adiós, Cordelia, aunque tan inhumanos contigo; lo que aquí pierdes lo encontrarás allá con ventaja.

LEAR

Tómala, tuya es; por nuestra parte renegamos de tal hija y no hemos de ver más su semblante. Váyase, por tanto, privada de nuestra gracia, de nuestro afecto, de nuestra bendición. VAMOS. (A su séquito.) (Salen el rey Lear, sus dos yernos, Glóster con sus hijos y la comitiva.)

ESCENA IV

GONERILA, REGANIA, CORDELIA y el REY DE FRANCIA

REY F.

Decid adiós a vuestras hermanas.

CORD.

No sin lágrimas en los ojos Cordelia se separa de vosotras, ídolos de nuestro padre. Conozco a fondo lo que sois; repúgname empero como a hermana llamar por su verdadero nombre vuestros defectos. Portáos bien con nuestro padre: a vuestra encarecida pasión le confío; mas ¡ay! si yo permaneciese todavía en gracia suya, preferiría al mejor puesto quedarme en su compañía.

GON.

No vengas a prescribirnos nuestros deberes.

REG.

Cifra todo tu estudio en contentar a tu dueño que como de limosna te ha asociado a su fortuna. Has faltado a la obediencia filial, y has merecido bien la privación de herencia que te aflige.

CORD.

El tiempo desdoblará los artificiosos pliegues de la astucia, y acabará por sacar

a la vergüenza las faltas hasta aquí encubiertas. Dios os dé prosperidad.

REY F. Ven, mi dulce Cordelia. (Vase con ella.) (Gonerila y Regania la miran con ironía, cambiando algunas palabras en voz baja mientras se aleja con su futuro esposo, y cae el telón.)

CUADRO II

Galería en el castillo de Glóster.

ESCENA I

EDMUNDO

EDM. Tú eres, mi diosa, oh naturaleza; a tu ley consagro mis servicios. ¿Por qué he de someterme a la tiranía de la costumbre, y consentir en que el convencional refinamiento de las naciones me prive de mi herencia, por haber venido al mundo doce o catorce lunas más tarde que mi hermano? ¿Por qué bastardo? ¿Por qué innoble cuando tan bien formados son mis miembros, tan generoso mi espíritu, tan regular mi figura como la de cualquier nacido de honrada matrona? ¿Por qué marcarme con el sello del oprobio y de bastardía?... ¡Legítimo! ¡Gran palabra! Sin embargo, legítimo Edgardo, yo necesito tu patrimonio: el amor de mi padre a su bastardo no es inferior al que profesa a su legítimo, y yo he aprendido desde ayer, en la solemnidad de que fui testigo, los medios de hacerlo aumentar... halagos, protestas, encarecimientos: los padres quieren ser adulados como los reyes. ¡Pues bien! Si mi plan no

se malogra esta carta (Saca del seno.) se me ha de trocar en título de primogenitura, y Edmundo el bastardo suplantaré a Edgardo el legítimo.

ESCENA II

EDMUNDO y GLÓSTER

GLOS. (Hablando para sí.) ¡Kent desterrado. ¡El de Francia marchándose airadamente! ¡El rey Lear salido anoche de su corte, abdicando su poder, reducido a unos alimentos! ¡Y todo esto a la vez, golpe sobre golpe! Edmundo ¿qué ocurre?

EDM. (Afectando ocultar la cara.) Nada, con vuestro permiso, señor.

GLOS. ¿Qué papel es ese que leías?

EDM. Nada, señor.

GLOS. ¡Nadal! ¿Qué significa entonces esa precipitación en meterlo en el bolsillo? Si nada es, no hay para qué ocultarlo. Dámelo.

EDM. Perdonadme, señor, es carta de mi hermano. No he concluído aún de leerla, mas por lo que de ella he visto, no me parece escrita para ser presentada a vuestros ojos.

GLOS. Dadme esa carta, caballero.

EDM. Que os la rehuse o que os la entregue, tendré por fuerza que disgustaros. Su contenido, por lo que comprendo en parte, es reprehensible.

GLOS. Veamos, veamos.

EDM. (Entregándole la carta.) Quiero persuadirme, para justificación de mi hermano, que este escrito no tiene más objeto que poner a prueba mi virtud.

GLOS. (Leyendo.) «Este respeto a la edad, políticamente sancionado, nos amarga los goces del mundo en lo mejor de nuestros días, y nos detenta nuestros bienes hasta que la

vez no nos deja ya disfrutarlos. Empieza a parecerme una imbécil y haragana servidumbre la de aguantar la opresión de una decrepita tiranía, que rige, no por fuerte, sino por tolerada. Ven a verme para hablar de esto. Si nuestro padre durmiera hasta que yo le despertase, tú poseerías perpetuamente la mitad de sus rentas, y vivirías en amistad perfecta con tu hermano. *Edgardo.*» ¡Oh, una conspiración! ¡Y mi hijo Edgardo tiene mano para escribir tal cosa, y corazón y cerebro para concebirla! ¿Cuándo ha llegado a poder tuyo esta carta? ¿Quién te la ha traído?

EDM. Nadie, señor; aquí está el ardid. Fué echada por la ventana de mi aposento, donde la encontré.

GLOS. ¿Y das por seguro que es de letra de tu hermano?

EDM. Si se tratase de otro asunto indiferente, me atrevería a jurar que lo es; pero, respecto de esta, quisiera poder persuadirme de lo contrario.

GLOS. (Examinando la carta.) Es su letra.

EDM. Su mano, señor, es seguramente la que ha escrito; todavía abrigo confianza de que no es su corazón.

GLOS. ¿No te ha sondeado alguna vez antes de esto sobre tal punto?

EDM. Nunca, señor; sólo le he oído con frecuencia sostener, que al llegar los hijos a la edad viril y los padres a la de su decadencia, debieran éstos entregar a aquéllos la administración de sus bienes y pasar a ser pupilos suyos.

GLOS. ¡Oh, maldado! ¡He aquí las ideas vertidas en esta carta! ¡Desnaturalizado hijo! ¡Hombre execrable! Ve, muchacho, búscalo; quiero prenderle. ¡Infame! ¿Dónde está?

EDM. No lo sé de fijo, mi señor. Siuviéseis a bien suspender la indignación contra mi hermano, hasta obtener de él mismo más

concluyentes pruebas de sus intenciones, pudiérais arreglar a ellas vuestra conducta; mas si procedéis contra él arrebatadamente, equivocándoos acerca de sus designios, abris en vuestra honra una irreparable brecha y le forzáis a una resistencia desesperada. Me atrevo a salir garante con mi vida que esto lo ha escrito únicamente para tantear mi leal afecto a vos, y no con otra peligrosa mira.

GLOS. ¿Lo crees así?

EDM. Si lo juzgáis conveniente, yo os colocaré donde podáis oírnos conferenciar juntos, y, cerciorado por vuestros propios oídos, recobrar una plena tranquilidad, y esto sin más dilación que esta misma tarde.

GLOS. Es imposible que sea un monstruo así.

EDM. Imposible, seguramente.

GLÓS. ¡Con un padre que le ama con tanta ternura! Búscale, Edmundo; ponme al alcance de poder oírle; maneja este asunto según tu prudencia. A cuanto soy renunciaría para acertar en mi resolución.

EDM. Le buscaré luego; encaminaré el asunto por la vía que mejor encuentre, y volveré a enteraros de todo.

GLOS. Nada perderás en prestarme este servicio. Usa la prudencia. (Mientras se va, ensimismado.) Estos últimos eclipses de sol y de luna nada presagian de bueno. El amor se entibia, la amistad amengua, los hermanos se dividen; tumultos en las ciudades, discordias en las campiñas, traición en los palacios. Y hasta se rompen los lazos entre padres e hijos. (Se va.)

ESCENA III

EDMUNDO. Luego EDGARDO

EDM. ¡Oh necedad del mundo! Cuando estamos mal con la fortuna, lo cual sucede a menudo por culpa nuestra, se la damos de nuestros desastres al sol, a la luna, a las estrellas; nos suponemos malos por necesidad, imbéciles por causa del signo, ladrones y asesinos por constelación, embusteros, traidores y adúlteros por influjo planetario, como si nos impusiera nuestros vicios un poder celestial. ¡Cómico subterfugio el de cargar en cuenta a los astros las inclinaciones perversas! ¡Ah! llega Edgardo. (Finge no verle y seguir distraído.)

EDG. ¿Qué es esto, Edmundo? ¿En qué graves cavilaciones estás metido?

EDM. Pensaba, hermano, en cierta predicción acerca de lo que anuncian estos eclipses.

EDG. ¿Es que te ocupas de tales cosas?

EDM. Te aseguro que los resultados predichos se cumplen por desgracia, como desnaturalizamiento entre padres e hijos, violaciones de la fe conyugal, muertos, carestías, rompimientos de antiguas amistades, disensiones en el Estado, amenazas y maldiciones contra nobles y reyes, desconfianzas sin motivo, destierro de leales, dispersión de tropas y no sé qué más.

EDG. ¿Desde cuándo estás dado a la astrología?

EDM. ¡Oye, oye! ¿Hace tiempo que no has visto a mi padre?

EDG. Anoche.

EDM. ¿Y hablásteis?

EDG. Dos horas seguidas.

EDM. ¿Y os despedisteis amigablemente? ¿No observaste en sus palabras o en su semblante indicios de disgusto?

EDG. Ninguno.

EDM. Recapacita en qué puedes haberle ofendido, y por consejo mío evita su presencia hasta que se haya calmado la furia de su enojo, que es ahora tan violento que de él podría resultar un atropello en tu persona.

EDG. Algún miserable me habrá puesto mal con él.

EDM. Lo temo. Guarda oportunas precauciones hasta tanto que baje el ardor de su cólera, y como digo, retírate a mi aposento, donde dentro de un rato iré a buscarte para llevarte a sitio desde el cual puedas oír a nuestro padre. Aquí está la llave. No salgas sino armado.

EDG. ¿Armado?

EDM. Te aviso por tu bien; a fe de hombre honrado, que se trama contra ti algo terrible. Te he dicho, hermano, lo que he visto y oído, pero muy por cima; no llega con mucho a la espantosa realidad. Por favor, aléjate.

EDG. ¿Me enterarás de todo?

EDM. Cuenta conmigo en este trance. (Vase Edgardo; empieza a anochecer.)

ESCENA IV

EDMUNDO, luego ANGO

EDM. Un padre crédulo del mal y un hermano incapaz de sospecharlo, magníficos auxiliares para la ejecución de mi ingenioso proyecto. ¡Dios te guarde, Ango! (Al verle entrar.)

ANGO Y a vos igualmente, señor. Acabo de anunciar a vuestro padre y mi señor que van a llegar dentro de una hora a este castillo la princesa Regania y su ducal esposo.

- EDM. ¿Cómo es esto?
ANGO No sé qué deciros, a fe mía; sin duda sabéis las noticias que circulan, o más bien, que no se comunican sino al oído.
- EDM. ¿Y qué noticias son esas?
ANGO Ocurren, al parecer, dificultades entre los dos cuñados acerca de la partición de este reino de Kent, lote que fué de la desheredada Cordelia; y el duque de Cornualles trata de prevenir al de Albania ocupando la mejor parte del territorio.
- EDM. ¿Vienen con aparato de guerra?
ANGO Todavía no: ínterin se negocian y trazan los límites, querrá estar a la vista el duque, y como no tiene dentro del país lugar propio donde residir, habrá puesto los ojos en este castillo por su situación y su fortaleza.
- EDM. ¿Es decir que no se trata de una breve visita?
ANGO Es alojamiento por-temporada, según entiendo, el que pide a vuestro noble padre: no tardaréis en saberlo. (Se aleja.)
- EDM. ¡Va a llegar el duque con la princesa! Tanto mejor; la ocasión favorece mis planes. No hay momento que perder: es preciso volar más que la fortuna para cogerla. (Gritando.) Sal, hermano: una palabra. Ven pronto, hermano, ven.

ESCENA V

EDMUNDO y EDGARDO

- EDM. (Con misterio.) Mi padre te busca... huye de este sitio. Todo se ha descubierto... huye a favor de las sombras de la noche. ¿Has hablado contra el duque de Cornualles? Viene a toda prisa, y Regania le acompa-

ña. ¿Te has comprometido con el de Albania en favor suyo? Recapacítalo bien.

EDG. Ni una palabra, te lo juro.

EDM. Oigo venir a mi padre... Perdona; es menester aparentar que desenvaino contra ti la espada. Saca también la tuya, haz como que te defiendes. (Traban fingida pelea.) Yø basta. (En alta voz.) Ríndete, sígueme a la presencia de mi padre... ¡Luz aquí! (Bajo.) Huye, hermano. (En alta voz.) ¡Antorchas aquí, antorchas! (Bajo.) Bien está: adiós. (Edgardo se va corriendo.) Si me saco una poca de sangre, será una prueba más de mis bravos esfuertzos. (Hiérese ligeramente en un brazo.) ¡Padre! (Gritando.) ¡Padre! ¡Alto! ¡Detente! ¿No hay socorro?

ESCENA VI

EDMUNDO, GLÓSTER, ANGO y CRIADOS con antorchas

GLOS. ¿Qué es esto, Edmundo? ¿Dónde está el malvado?

EDM. Aquí estaba, en la obscuridad, espada en mano, murmurando siniestros conjuros, encomendando al maligno ascendiente de la luna sus asechanzas.

GLOS. Pero, ¿dónde está?

EDM. Mirad; estoy herido, señor.

GLOS. ¿Dónde está el malvado, Edmundo?

EDM. Ha huído, señor, cuando por ningún medio ha podido...

GLOS. Perseguidle, ¡ea! corred en pos de él. (Los criados parten en todas direcciones.) «Cuando por ningún medio ha podido,» decías...

EDM. ...Hacerme consentir en la muerte de mi padre, cuando me ha oído hablarle de un Dios vengador que reserva su más tremendo rayo contra los parricidas; cuando se ha convencido, en fin de mi invencible aver-

sión a su odioso proyecto, con repentina furia ha vuelto contra mí la espada, y cogiéndome desprevenido, me ha herido en el brazo; pero al ver que yo recobraba la serenidad, me ponía en actitud de resistirle, o espantado tal vez por mis clamores, ha apelado a la fuga.

GLos. En vano tratará de huir; no encontrará asilo en esta tierra y una vez cogido, que se haga justicia con él. Está para llegar el noble duque mi amo, mi digno jefe y protector, y con autorización suya haré pregonar a son de trompeta un premio para el que descubra y entregue a ese cobarde homicida, y graves penas para los que le den abrigo.

EDM. Viendo que no podía disuadirle de su designio, le he amenazado con descubrirlo todo, y me ha respondido: «¿Piensas tú, indigente bastardo, que tu testimonio contrapuesto al mío obtenga el menor crédito? Yo negaré la letra de mi puño, aun cuando la presentes contra mí, y echaré toda la culpa a tus consejos, a tus ardides, a tus enredos criminales; nadie en el mundo dejará de atribuir tus acusaciones al poderoso interés que a perderme te incita.»

GLos. ¡Hasta a negar su letra llegaría ese perverso! No, no es hijo mío; no es posible que yo le haya dado el ser. (Suenan trompetas.) ¡Oye! ¡Las trompetas del Duque! Cualquiera motivo lo traiga, bien venido sea. Quiero que se cierren todas las puertas del reino para que el malvado no se escape; el Duque ha de otorgármelo, y además que se envíen a todas partes las señas del criminal, a fin de ser reconocido. Tocante a ti, hijo leal y verdadero, yo tomaré las disposiciones necesarias para hacerte capaz de heredarme por completo.

ESCENA VII

Dichos, REGANIA, EL DUQUE DE CORNUALLES y comitiva

- CORNU. ¿Qué es esto, mi noble amigo? Acabo de saber extrañas nuevas.
- REG. Si son ciertas, no hay castigo bastante para tal crimen. ¿Cómo estáis, señor?
- GLOS. ¡Oh, princesa, está lacerado mi viejo corazón?
- REG. ¡Cómo! ¿El ahijado de mi padre atentar a vuestra existencia? ¿Aquel a quien mi padre llamaba «nuestro Edgardo?»
- GLOS. ¡Oh, señora, quisiera ocultarlo por vergüenzal
- REG. ¿No anda ligado con esos licenciosos caballeros que componen la escolta de mi padre?
- GLOS. Lo ignoro, señora. ¡Es mucha maldad!
- EDM. Sí que lo estaba, señora; era de la partida.
- REG. Entonces no me extrañan sus perversas intenciones. Ellos le habrán incitado a apresurar la muerte del anciano para disipar juntos sus rentas en desórdenes y excesos.
- CORNU. Edmundo, sé que vuestra conducta ha sido la de un buen hijo.
- EDM. Era mi deber, señor.
- GLOS. Me ha revelado los intentos del culpable, y al tratar de prenderle ha recibido esta herida que véis.
- CORNU. ¿Se le persigue?
- GLOS. Sí, señor.
- CORNU. Si le prenden, se le tratará de manera que ningún daño pueda temerse de él en lo sucesivo. Disponed de mi autoridad. Edmundo, seréis de los nuestros: necesitamos de hombres leales como vos.
- EDM. Os serviré, señor, fielmente a falta de otra cualidad.

- GLOS. Doy gracias por él a Vuestra Alteza.
- CORNU. Ni la aflicción del momento ni lo avanzado de la hora, son a propósito para enteraros del objeto que aquí nos trae, y para el cual, bajo muchos aspectos, sólo vos podéis servirnos. Por esta noche, no os pedimos sino esa franca hospitalidad que es la mayor de vuestras prendas.
- GLOS. Solamente con vos no me es posible ejercerla, puesto que sois dueño de esta morada. (Empiezan a salir mientras baja el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO.



ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Habitación del Duque de Albania

ESCENA PRIMERA

GONERILA y OSVALDO

- GON. ¿Es cierto que mi padre pegó a mi escudero porque reñía a su bufón?
- Osv. Sí, señora.
- GON. ¡Ya es afrentarme demasiado! A cada momento se sale con alguna extravagancia enorme que nos pone a todos en un apuro. No lo sufriré por más tiempo.
- Osv. Ahí viene, señora. (Sonido de bocinas.)
- GON. Poned en el servicio, tú y tus camaradas, toda la negligencia que gustéis; y si el asunto viene a parar en querrela, tanto mejor. Si no le acomoda, que vaya a vivir con mi hermana, la cual en esto piensa lo mismo que yo; no permitiremos que se nos imponga. Tenlo presente.
- Osv. No lo olvidaré.
- GON. Y a los de la escolta tratadlos con más despego: lo que de ahí resulte importa poco. Insinúalo a tus camaradas. Voy a escribir inmediatamente a mi hermana que observe mi conducta. Prepara la comida. (Salen.)

ESCENA II

KENT y luego LEAR

- KENT** (Disfrazado y con la barba y la cabellera rapadas.)
Si logro cambiar la voz tan bien como el lenguaje y el aspecto, cumpliré plenamente los fines que me propongo. Harto pronto has tenido que volver, desterrado Kent, al punto que donde fuiste echado y si son ciertos los rumores, el dueño a quien tanto amas necesita ya de ti para encontrar un fiel y adicto servidor. (Entra Lear, seguido de sus caballeros y criados.)
- LEAR** Que no se me haga aguardar ni un minuto la comida. (A un criado que sale.) Andá a ver si está dispuesta. (A Kent.) ¿Quién eres tú?
- KENT** Un hombre, señor.
- LEAR** ¿Qué profesión es la tuya? ¿Qué nos quieres?
- KENT** Profeso ser en realidad lo que parezco, servir lealmente al que pone en mí su confianza, amar al que es honrado, tratar con el que es sabio y hablar poco, temer a la justicia y reñir cuando no puedo evitarlo.
- LEAR** Pero, ¿quién eres?
- KENT** Un hombre de corazón leal, tan pobre como el mismo rey.
- LEAR** Si eres tan pobre en clase de súbdito, como él en calidad de soberano, pobre eres hasta el extremo. ¿Qué buscas?
- KENT** Servicio.
- LEAR** ¿Y a quién quisieras servir?
- KENT** A vos.
- LEAR** ¿Me conoces, camarada?
- KENT** No, señor; pero algo tenéis en la fisonomía que me da deseos vivos de llamaros dueño.
- LEAR** ¿Qué cosa es está?

- KENT La autoridad.
- LEAR ¿Qué servicios puedes prestar?
- KENT Guardar honradamente un secreto, montar a caballo, contar un hecho curioso desfigurándolo, dar torpemente un recado fácil; sirvo para todo aquello de que son capaces los hombres ordinarios, y mi prenda mejor es la diligencia.
- LEAR ¿Qué edad tienes?
- KENT Ni tan poca, señor, que me enamore de una mujer sólo con oirla cantar, ni tanta que pierda por ella los sesos inmotivadamente: cuarenta y ocho años llevo auestas
- LEAR Sígueme, me servirás; si después de comer no me pareces peor que ahora, no te apartaré de mi compañía en mucho tiempo. La comida, ¡eh! la comida. ¿Dónde está mi bribonzuelo, mi bufón? Buscadle; que venga aquí en seguida.

ESCENA III

Dichos, OSVALDO y CABALLEROS del Rey

- LEAR (A Osvaldo.) Oye, ¡eh! ¿dónde está mi hija?
- OSV. Con vuestro permiso. (Vuelve a marcharse.)
- LEAR ¿Qué dice? Vuelve atrás, estúpido. Pero, ¿qué se ha hecho mi bufón? Diría que todo el mundo duerme. Y bien, ¿a dónde va ese mostrenco de criado?
- CAB. Dice, señor, que vuestra hija está indispueta.
- LEAR ¿Por qué no se presenta el rebelde cuando le llamo?
- CAB. Me ha contestado redondamente que no le da la gana.
- LEAR ¿Que no le da la gana?
- CAB. No sé lo que pasa, señor; mas por lo que puedo juzgar, no se trata a Vuestra Alte-

za con el mismo afecto y reverencia que antes; obsérvase aquí una notable mengua de atenciones, así en lo general de los dependientes, como en el Duque mismo y en vuestra hija.

LEAR. ¿Lo crees así?

CAB. Ruego a Vuestra Alteza que me perdone si me equivoco; pero el deber no me permite callar cuando advierto que no se la respeta bastante.

LEAR. Me renuevas una idea que tengo concebida por mí propio: noto de algunos días acá una frialdad y abandono, que más bien quisiera achacar a recelosa susceptibilidad mía que a una decidida intención de ofenderme; lo examinaré más despacio. ¿Y este mi bufón, que no le he visto hace dos días?

CAB. Desde que marchó a Francia nuestra joven princesa, ha caído el rapaz en profundo abatimiento.

LEAR. No hablemos de esto; ya lo he notado. Anda y di a mi hija que quiero hablar con ella. (A otro caballero.) Y tú, ve en busca de mi bufón. (Salen los dos caballeros; vuelve a entrar Osvaldo.) ¡Señor mío! ¡muy señor mío! venid acá. ¿Por quién me tomáis?

OSV. Por el padre de mi señora.

LEAR. ¡El padre de tu señora! ¡Ah, tunante, bastardo, perro sarnoso!

OSV. Nada de esto soy.

LEAR. ¿Y osan tus miradas encontrarse con las mías? ¡Insolente! (Le da de golpes.)

OSV. No sufriré golpes, señor.

KENT. ¿Ni tampoco una zancadilla, villano danzante? (Haciéndole caer.)

LEAR. Gracias, amigo; bien me sirves, y te lo aprecio.

KENT. Ea, compadre, levántate y escapa. Yo te enseñaré a distinguir de personas. ¡Largo, largo de aquí! Si te quedan ganas de tomar otra vez la medida a tus lomos de ga-

napán, no tienes más que estarte quieto: pero mejor es que te marches, ¡anda! ¿Eres capaz de una migaja de discreción?, pues (Empujándole fuera.) ¡por ahí!

LEAR Agradecido te quedo: toma por arras de tus servicios. (A Kent, dándole dinero.)

ESCENA IV

LEAR, KENT, EL BUFÓN y CABALLEROS

BUF. (Entrando.) También yo he de darle arras. (A Kent, dándole su gorro coronado de una cresta de gallo entre dos orejas de burro.) Toma, novicio: mi cresta de gallo.

LEAR ¡Hola, bribón! ¿Qué es de tu persona?

BUF. (A Kent.) Tómala, te sentará bien; te la regalo.

KENT ¡Tu cresta! ¿Por qué, bufón?

BUF. Porque tomas el partido de un jugador arruinado. Y de los arruinados hay que huir. El mal es contagioso. Ese hombre, (Señalando a Lear.) se ha comprado disgustos con dos de sus hijas, y a la otra, sin querer, la ha dispensado un gran beneficio. ¡Ay, tío de mi alma! (A Lear.) ¡Quien tuviera dos crestas de gallo!

LEAR ¿Para qué, muchacho?

BUF. Para darte la otra a ti, que bien la merecéis los dos.

LEAR Tunante, cuidado con el látigo.

BUF. La verdad es un pobre galgo al cual se despacha a latigazos para la perrera, mientras que la perra favorita se tiende al calorcito del hogar por más que apeste con sus perfumes.

LEAR ¡Bribonzuelo! ¿Va para mí esta flecha?

KENT El bufón es mordaz.

LEAR ¡Loco malicioso!

BUF. (A Lear.) ¿Sabes la diferencia que hay entre un loco malicioso y un loco benigno?

LEAR No, explícala.

BUF. Si aquel que te dió el consejo de repartir tu corona, quiere prestarse al cotejo de mi burlesca persona, tendremos en parangón los dos locos de mi cuento: uno que vale por ciento, y el otro un simple bufón.

LEAR ¡Me tratas de loco!

BUF. ¿Qué tratamiento te he de dar, si has abdicado tus mejores títulos?

KENT No es tan loco como eso, señor.

BUF. No, a fe mía; los grandes y los señores no quieren dejarme el exclusivo privilegio del oficio, y si yo tuviera el monopolio, pretenderían sobre él su parte; hasta las damas me usurpan el papel y arrebatan con avidez mis atribuciones.

De los locos medran pocos,
pues con la ciencia en los labios
los que presumen de sabios
van suplantando a los locos.

LEAR ¿De cuando acá te ha dado la vena hablar en verso?

BUF. Desde que has puesto la vara en manos de tus hijas, y a ti en actitud de recibir sus golpes. (Lear le amenaza.) Dale, ¡oh tío! a tu bufón un maestro que sepa mentir.

LEAR Las mentiras, tunante, te costarán azotes.

BUF. ¡Vaya un admirable concierto entre ti y tus hijas! Si digo la verdad me azotan ellas; si miento me azotas tú; y si guardo silencio, también me azotan a veces. No hay peor suerte que la de un bufón, a no ser la tuya.

ESCENA V

Dichos y GONERILA

LEAR. ¿Qué es esto, hija? ¿Qué pensamientos cruzan por detrás de ese tocado? Paréceme notable tu ceño desde algunos días acá.

BUF. Venturoso mortal fuiste, mientras nada te importó su entrecejo; al presente no eres más que un marco vacío, eres menos que yo; yo, al cabo soy bufón, y tú nada eres. (A Gonerila.) Sí, entendido, pondré freno a mi lengua; me lo ordena vuestro rostro, aunque nada me digáis. ¡Chitón! ¡chitón!

GON. Señor, no solamente ese vuestro bufón a quien todo se permite, sino otros de vuestra insolente guardia censuran y contienen a todas horas, estallando su animosidad en violentos e insoportables alborotos. Pensaba, señor, que bastaría daros conocimiento de estos desórdenes para que vos los atajárais; más ahora, si he de juzgar por vuestras palabras y actos recientes, crece mi temor de que protegáis semejante conducta y la alentéis con vuestro apoyo; lo cual si así fuese, no se substraería a una legítima reprobación ni dejaría de llamar el oportuno remedio. Y este habría de ser tal, que si en estado regular de salud resultara ofensivo y hasta ignominioso para vos, justificado por la necesidad no sería sino discreto.

BUF. Cría cuervos y... (Lear le interrumpe con un gesto de cólera.)

LEAR. (Dirigiéndose a Gonerila.) ¿Eres tú mi hija?

GON. Desearía, señor, que empleáseis la sensatez de que me consta estáis provisto copiosamente, y que abandonárais esas extrañas manías que desfiguran vuestra natural equidad.

- LEAR ¿Hay alguno aquí que me reconozca? Yo no soy Lear. ¿Es Lear que anda, es el que habla así? ¿Dónde están sus ojos? O se ha enflaquecido su razón, o su discernimiento está aletargado. ¿Sueño o estoy despierto? ¡Ah! seguramente esto no es verdad. ¿Quién podrá decirme lo que soy?
- BUF. La sombra de Lear.
- LEAR Quisiera saberlo, porque por estas insignias de soberanía y por el testimonio de mi razón habría de persuadirme falsamente de que tengo hijas.
- BUF. Ellas harán de ti un padre sumiso.
- LEAR (Enajenado.) ¿Vuestro nombre, hermosa dama?
- GON. ¡Vaya, señor, que este aspaviento se aviene harto bien con otras recientes salidas vuestras! Ruégoos que hagais justicia a mis intenciones: anciano sois y respetable, debiérais ser también sensato. Tenéis aquí en servicio vuestro cien caballeros y escuderos, hombres tan indisciplinados, tan disolutos e insolentes, que este palacio, infectado con su libertinaje, más bien parece una inmunda taberna que la residencia del soberano. La infamia es tal que reclama urgente remedio. Os suplica, pues, la que tendría que hacerlo por sí, caso de ver desatendido su ruego, que disminuyáis un poco vuestra comitiva, y que las personas que en ella permanezcan sean conformes a vuestra edad y sepan lo que se deben a sí mismas y a vos.
- LEAR ¡Infierno y tinieblas! ensillad mis caballos, reúname mi escolta. ¡Degenerada bastarda! no te molestaré; todavía me queda una hija.
- GON. La emprendéis a golpes con mi gente, y vuestra desenfrenada cohorte pretende subyugar a los que valen más que ella.
- LEAR ¡Infeliz del que se arrepiente demasiado tardel

ESCENA VI

Dichos y EL DUQUE DE ALBANIA

¡Ah! ¿estáis aquí? ¿es esta vuestra voluntad? hablad, señor. Aprontad los caballos. ¡Ingratitud!... ¡furia de mármóreo corazón! ¡más espantosa, cuando te encarnas en un hijo, que los monstruos del mar!

ALB. Moderaos, señor, os suplico.

LEAR (A Gonerila.) ¡Mientes, abominable harpía! Mi escolta se compone de hombres escogidos y pundonorosos, que cumplen con su deber y sostienen la dignidad de su nombre. ¡Oh, Lear, Lear, Lear! (Golpeándose la frente.) da de golpes a esta puerta que dejó penetrar adentro tu locura y salir fuera tu buen juicio. (A sus caballeros.) Vamos, mi gente, vámonos.

ALB. Mi señor, estoy tan inocente como ignorante de lo que así os agita.

LEAR Oye, naturaleza, oye: escucha mis votos, deidad querida. Si era tu intento fecundar a esta criatura, suspende tu propósito: infecunde la esterilidad en su vientre, seca en ella los órganos de la maternidad, y que de su marchito cuerpo jamás nazca un hijo que la honre. Si llega a ser madre, que su engendro, amasado de hiel, perverso y desnaturalizado, viva para tormento suyo; que estampe precoces arrugas en su frente juvenil, que abra en sus mejillas surcos de lágrimas incesantes, que se ría de las penas todas de su madre y pague beneficios con desprecios, a fin de hacerle sentir cuanto más punzante que la mordedura de la serpiente es tener un hijo ingrato. Partamos, partamos. (Se va.)

ALB. ¡Dios omnipotente! ¿De qué proviene todo esto?

- GON. No os atormentéis para saber la causa.
¿No veis que ya chochea?
- LEAR (Entrando otra vez.) ¡Qué! ¡cincuenta caballos de un golpe! ¡y al cabo de quince días!
- ALB. ¿De qué se trata, señor?
- LEAR Voy a decírtelo. ¡Muerte y vida! (A Gonerila.) Me avergüenzo de ese poder que tienes de sacudir así mi varonil firmeza, y de estas ardientes lágrimas en que prorrumpo a pesar mío. Mas, no importa. Aun me queda una hija benévola y consoladora. Cuando oiga lo que has hecho, destrozará con sus uñas tu cara de lobo. Me verás reaparecer en la antigua forma de que te imaginas me he desprendido para siempre; me verás, yo te lo fío. (Saca un pliego.)
- GON. No sería hija si continuara escuchándoos. Venid, esposo. (Sale, llevándose al Duque de Albania.)

ESCENA VII

LEAR, KENT, BUFÓN y comitiva

- LEAR (A Kent.) Toma la delantera, y entrega estas líneas a la duquesa de Cornualles, mi hija.
- CAB. En el castillo de Glóster debe estar con su marido, a tres leguas cortas de aquí.
- LEAR No la enteres de lo que sabes; límitate a responder a las preguntas que te haga acerca del contenido de este billete.
- KENT No pararé un minuto que no le haya entregado vuestro escrito. (Vase.)
- BUF. ¿Qué diferencia va, tío, de una manzana dulce a otra silvestre?
- LEAR ¿Lo sabes tú?
- BUF. Sé que no hay tanta ni con mucho entre tus dos hijas.
- LEAR (Pensativo y refiriéndose a Cordelia.) Fui con Cordelia harto injusto.

- BUF. ¿Y sabes por qué un caracol lleva su casa acuestas?
- LEAR (Distraído.) ¿Por qué?
- BUF. Para meterse en ella, e i lugar de darla a sus hijas, a riésgo de dejar sus cuernos sin abrigo.
- LEAR (Siempre absorto.) Quiero olvidar mi naturaleza... ¡Un padre tan bondadoso!
- BUF. Si fueses mi bufón, te castigaría por haber envejecido antes de madurar.
- LEAR (Hablando consigo.) ¡Y si recobrase por fuerza mi autoridad! ¡Monstruosa ingratitud! ¡Oh! ¡que no me vuelva loco, piadosos cielos! conservadme la calma. No quiero volverme loco. (A un caballero que asoma.) ¿Están prontos los caballos?
- CAB. Prontos están, señor.
- LEAR (A los suyos.) VAMOS. (Márchanse todos.)

ESCENA VIII

GONERILA, EL DUQUE DE ALBANIA y luego OSVALDO

- GON. ¡Cien caballeros! ¿Es político, es seguro dejarle cien caballeros disponibles y a punto para que al más leve rumor, al más singular antojo, a cada queja, a cada disgusto, salgan al amparo de sus chocheces y tengan a merced suya nuestras vidas? ¡Eh! ¡Osvaldo! (Llamando.)
- ALB. Lleváis demasiado allá vuestros temores.
- GON. Más vale temer que confiar con exceso; prefiero quitar de enmedio los peligros a tener siempre encima los recelos. Penetro hasta el fondo sus intenciones; lo que aquí ha soltado, se lo escribo ya a Regania. (Viendo entrar a Osvaldo.) ¡Osvaldo! ¿Vas a llevar la carta a mi hermana?
- Osv. Tengo la escolta dispuesta y monto a caballo al momento.

GON. ¿Recuerdas bien mis instrucciones?
OSV. Sí, señora.
GON. ¿Todas? (Con misterio.)
OSV. Todas.
GON. Pues ve y apresura tu regreso. (Mientras sale Osvaldo.) ¡Necesito otro defensor y lo tendré!

CUADRO II

Patio y galería en el castillo de Glóster

ESCENA I

KENT atravesado a la puerta de las habitaciones interiores,
OSVALDO entrando con arrogancia.

OSV. ¿Dónde meteremos esos caballos?
KENT En el albañal.
OSV. ¿Es esta la crianza que aquí se os enseña?
Traigo una comisión importante
KENT Más importante es la mía y he llegado primero.
OSV. ¿Me conoces?
KENT Demasiado.
OSV. ¿Por quién me conoces?
KENT Por un bribón, por un miserable, por un perro sarnoso... ¡Eh! no enfadarse; son títulos que te ha conferido el rey en persona.
OSV. (Poniendo mano a la espada.) ¡Vive Dios! que si no mirara...
KENT ¿El qué, cobarde? ¿el qué?... ¡Desmemoriado, ya no conoces al que te hizo la zancadilla!
OSV. Yo no me rebajo a reñir con un mendigo.
KENT Desenvaina, traidor, desenvaina. Yo te enseñaré a pasar cartas contra el rey y a servir a una orgullosa muñeca rebelde a la

autoridad de su padre. (Embistiéndole.) Ganso. Voy a atravesarte con este asador.

OSV. (Gritando.) ¡Socorro! ¡socorro!
KENT ¡Ponte en guardia, miserable! defiéndete, cobarde, defiéndete. (Golpeándole con la espada de plano.)

ESCENA II

Dichos, REGANIA, DUQUE DE CORNUALLES, EDMUNDO
y SERVIDUMBRE

EDM. ¿Qué es esto? ¡separaos!
KENT Estoy a vuestras órdenes, joven, si gustáis.

REG. ¡Espadas desenvainadas! ¿De qué se trata?
CORNU. Deteneos, si quereis vivir: el que dé un golpe más, es hombre muerto. ¿De qué proviene esa riña?

REG. El mensajero de mi hermana es el maltratado.

OSV. Apenas puedo respirar, señora.
KENT ¡Ya lo creo, con tales esfuerzos de valor!
CORNU. (A Osvaldo.) Di tú, ¿cómo se ha armado tal contienda?

OSV. Mi señor, ese furioso, cuya vida respeto por consideración a su barba gris...

KENT (Apretando los puños.) Señor, señor, permitidme hacer gigote a ese villano, y echarlo luego a los cerdos. ¡Tú perdonarme la vida, cobarde!

CORNU. ¡Cállate, insolente! ¿Es que a nadie respetas?

KENT Sí, príncipe, pero la cólera reclama sus fueros.

CORNU. ¿De qué tanta cólera?
KENT De ver una espada en manos de un hombre sin corazón. Esos maléficos bichos rompen con sus dientes los sagrados vínculos que como tan estrechos sería impo-

sible desatar, adulan todas las pasiones culpables, atizan los enojos, siguen como perros serviles las caprichosas huellas de sus amos en cualesquiera direcciones...

REG. Pero ¿qué te ha hecho? ¿cuál es su delito?
KENT Su cara... bástame mirarle a la cara para salir de juicios.

REG. Ese hombre es un frenético.

CORNU. O más bien un tuñante que con achaque de franqueza se permite las más brutales desvergüenzas; uno de esos que bajo la máscara de afectada sinceridad ocultan más doblez y corrupción que veinte cortesanos imbéciles que se deshacen en lisonjas.

OSV. Pues también sabe ser adúlador cortesano, y para congraciarse con el rey que sin razón se juzgaba de mí ofendido, me derribó por sorpresa, y me abrumó de injurias y escarnios, compitiendo los dos en cebarse con un hombre indefenso. Esta es la hazaña que trataba ahora de renovar embistiéndome bruscamente. (Entrega la carta a Regania que la lee con avidez.)

CORNU. Que traigan los cepos, y le enseñaremos a ese señor camorrista...

KENT Para aprender, señor, soy demasiado viejo. Sirvo al rey, y él es quien a vos me envía. Poco respeto y mucha mala voluntad se le demostraría con meter en el cepo a su enviado.

CORNU. Que traigan los cepos. (Márchase un criado.) Por mi honor y mi vida que estará en ellos toda la noche.

REG. Toda la noche y aun parte de mañana,
KENT Pero, señora, si fuera yo el perro de vuestro padre me trataríais mejor.

REG. A cada cual según su merecimiento.

CORN. Es de la misma laya que esos de que se queja vuestra hermana. (Vuelve el criado con los cepos.) Trae acá este cepo. (Fijanlo en un poste.)

KENT No resistiré a viva fuerza: no es por ladrón que sufro este ignominioso castigo. El agravio no es a mí, es al mismo rey en la persona de su mensajero.

(Tiéndenle en el suelo arrimado a un pilar y sujétanle las piernas.)

CORN. De mis actos yo respondo.

REG. Más derecho de ofenderse tendría mi hermana por los insultos y malos tratamientos inferidos a su enviado en el desempeño de su comisión. (A los criados.) Metedle las piernas en los agujeros y que descanse de su carrera.

CORN. Retirémonos. (Entran en las habitaciones. Empieza a obscurecer.)

KENT (En el cepo.) Buen rey, mucho temo que en ti se verifique aquello: «de la bendición del cielo a los ardores del sol». ¡Males buscados! y yo quiero compartirlos, como has querido tú echártelos encima... La fatiga y el sueño me abruman: aprovechad la ocasión, pesados ojos míos; cerraos para no ver esta mansión inicua. ¡Buenas noches, fortuna! aguardando tu sonrisa, me aduermo al vaivén de tu volteante rueda. (Breve pausa.)

ESCENA II

KENT, LEAR y EL BUFÓN, que llegan por fuera sin reparar en el primero

LEAR Más de una hora de ventaja hemos tomado a la escolta. La impaciencia me ha dado alas.

KENT Os saludo, mi noble dueño.

LEAR (Volviéndose.) ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

BUF. ¡Ja! ¡ja! ¡gentiles ligas te han puesto!

LEAR ¿Quién te ha faltado al respeto hasta el punto de ponerte así?

KENT El y ella, vuestro yerno y vuestra hija.
LEAR No.
KENT Sí.
LEAR Digote que no.
KENT Que sí digo.
LEAR No, no son capaces.
KENT Lo son, pues que lo han hecho.
LEAR Juro que nó por la luz del sol.
KENT Juro que sí por esta de la luna.
LEAR No lo han podido hacer, no han podido quererlo hacer. Sería peor que un asesinato lanzarme al rostro tal ultraje. Date prisa a explicarme como, viniendo de mi parte, has podido tú merecer y ellos infligirte semejante trato.
KENT Ni tiempo me han dado, señor, para entregarles vuestra carta. Iba a solicitar audiencia, cuando se ha interpuesto ese lacayo de vuestra primogénita, en cuya casa se mostró con Vuestra Alteza tan insolente; y obedeciendo a mi indignación más que a la prudencia, he sacado contra él la espada. Su gritaría ha alborotado la casa entera; y yo cargo con la pena del escándalo.
BUF. Aun falta lo mejor del invierno, según la dirección que toman en su vuelo las ocas.
LEAR ¡Oh! ¡Cómo se me suba la cólera al corazón! Vuelve a tu sitio, inflamable bilis; tu región está más abajo. Pero ¿dónde están?
KENT Ahí dentro, señor.
LEAR Voy allá; (al Bufón) no me sigas. (Entra por la puerta del fondo.)

ESCENA IV

KENT y EL BUFON

KENT ¿Cómo viene el rey tan solo?
BUF. Por esta sola pregunta merecías ser puesto en el cepo.

KENT
BUF.

¿Por qué, bufon?
Por impertinente. Si vas cuesta abajo con una rueda enorme, suéltala de la mano al sentirte arrastrado, porque si en seguirla te empeñas te romperás la crisma; por el contrario si das tu apoyo a un hombre de provecho que trepa una altura, él, luego de subido a la cumbre te ayudará a ti.

KENT
BUF.

¿Dónde has aprendido esto, loco?
No en el cepo, mala cabeza.

ESCENA V

Dichos LEAR y GLÓSTFR

LEAR

¡Negarse a recibirme! Que no se sienten bien, que están cansados; pretextos, indicios de emancipación y rebeldía. Vuelve y traeme mejor respuesta.

GLOS.

Ya conocéis señor, el irritable carácter del duque, y cuan tenaz fué siempre en sus propósitos.

LEAR

¡Mal rayo y mala peste! ¡Qué irritable, ni qué tenaz! ¡Glóster, Glóster! quiero hablar al duque de Cornualles y a su mujer.

GLOS.

Es lo que les he dicho, señor.

LEAR

El rey quiere hablar al duque ¿entiendes? el tierno padre quiere hablar a su hija y reclamar su obediencia; ¿se lo has dicho así? ¡Por mi sangre y mi vida! ¡irritable! ¡el duque irritable!... Ve y dile a ese inflamable duque... pero no, todavía no... acaso esté realmente indispuerto: la enfermedad hace descuidar hasta los deberes que en salud perfecta no dejamos de cumplir; cuando la naturaleza oprimida impone al alma los sufrimientos del cuerpo, no somos ya los mismos. Yo me contendré, y me arrepiento de mi fácil impetuosidad en confundir las extrañezas de un enfermo

con los actos reflexivos de un hombre sano... (Reparando en Kent.) ¿Por que está ese aquí? Ahora comprendo que no es sin objeto el encierro que guardan duque y duquesa. Que se me devuelva mi servidor inmediatamente. Ve a decir al duque y a su mujer que quiero hablarles ahora, inmediatamente, que vengan en seguida, o sino, iré yo a golpear las puertas de su habitación, hasta que despierten como al toque de muerto.

GLOS. Deseo evitar entre vosotros un conflicto.
(Vase.)

LEAR ¡Oh, corazón! ¡Corazón mío que te sublevas!... ¡Calma, calma!

ESCENA VI

Los mismos, EL DUQUE DE CORNUALLES y REGANIA seguidos de GLÓSTER y de CRIADOS

LEAR Séais entrambos bien hallados.

CORNU. Salud a vuestra Gracia. (Los criados sacan a Kent del cepo.)

REG. Me regocijo de ver a Vuestra Alteza.

LEAR Lo creo, Regania, motivos tengo de creerlo así; si no estuvieses contenta de verme, me divorciaría de la tumba de tu madre... porque no serías mi hija. (Al ver a Kent en libertad.) Al fin te veo libre... ¿Por qué te han castigado? ¿De orden de quién?

CORNU. De orden mía, señor, y hasta más merecía su insolente conducta.

LEAR ¡Oh! ¿Habéis sido vos?... ¿Y tú, hija, no lo sabías? Seguro que no lo sabrías. (Pausa, actitud silenciosa de Regania.) Dejemos eso por ahora. (Cambiano de tono.) Mi querida Regania, tu hermana es un monstruo; oh, Regania, me ha clavado aquí, en el corazón, una pena aguda y roedora como un bui-

tre. Apenas puedo yo expresártelo, ni tú puedes persuadirte de tu negra perversidad.

REG. Tranquilizáos, os suplico: más fácil será que vos os equivoquéis en calificar su conducta, que no olvidar ella sus deberes.

LEAR ¿Cómo? ¿Qué dices?

REG. No puedo creer que mi hermana haya faltado en nada a sus obligaciones. Si ha puesto algún freno tal vez a los excesos de vuestra comitiva es con tan buen fin y con tan justa causa que merece ser absuelta de toda censura.

LEAR Caiga sobre ella mi maldición.

REG. Oh, señor, sois ya viejo, os acercáis al término marcado por la naturaleza; hora es pues de dejaros gobernar y conducir por la discreción de los que conocen vuestro estado mejor que vos mismo. Ruegoos pues que volváis al lado de mi hermana y que reconozcáis la sinrazón de vuestras quejas.

LEAR ¡Yo pedirle perdón! Que bien le sentaría al jefe de la familia real ir y decirle: «Hija muy querida, confieso que soy viejo y que la vejez es importuna: os pido de rodillas (Arrodillándose.) que tengáis la bondad de concederme vestido, casa, sustento...»

REG. Basta ya, señor; dejaos de momerías; volved a mi hermana.

LEAR Jamás; me ha torcido la vista, su lengua de serpiente me ha atravesado el corazón. Cielos, derrama sobre su ingrata frente los tesoros de tus venganzas: contagiosos aires, herid de parálisis sus juveniles miembros.

CORNU. ¡Señor! ¿No os avergüenza ese frenesí?

LEAR Rayos obcecantes: flechad sus insolentes ojos; vapores pestíferos que extrae de las lagunas la poderosa absorción solar, ajad su belleza en castigo de su orgullo.

REG. ¡Justo cielo! De esta suerte me maldeciréis,

cuando llegue el turno de irritados conmigo..

LEAR No, Regania, jamás vendrá el caso, jamás te herirá mi maldición. Tu benévolo carácter es incapaz de dureza; las miradas de Gonerila despiden no sé qué ferocidad, las tuyas acarician y no queman. No serás tú, seguramente, la que se obstine en desprenderme de mis gustos, en suprimir una porción de mi escolta, en abrumarme de irrespetuosas palabras, en reducir mi asignación, y en prohibirme por remate la entrada en tu residencia. Harto bien, conocéis los deberes de la naturaleza, la piedad filial, los modales de la cortesía, los sentimientos de la gratitud; no, tú no has olvidado que te he dado la mitad de mi reino.

REG. Al asunto, señor. (Se oye el sonar de una trompeta.)

CORNU. ¿Qué trompeta es esa?

REG. Mi hermana habrá llegado, confirmando su carta que nos anunciaba como próxima su venida. (Asómase Osvaldo.) ¿Es que llega tu señora?

LEAR He aquí un miserable cuya ramplona vanidad estriba toda en el patrocinio de su ama. Lejos de mi presencia, villano.

CORNU. ¿A qué vienen estos arrebatos?

ESCENA VII

Dichos y GONERILA

LEAR ¿Quién viene aquí? ¡Santo Dios! (A Gonerila.)
¿Puedes mirar estas canas sin sonrojarte?
¡Y qué! Regania, ¡tú la coges de la mano!

REG. ¿Y por qué no, señor? ¿Qué crimen ha cometido. No es ofensa todo lo que a una extravagante susceptibilidad se le antoja, y califica de tal la chochez.

LEAR ¡A tanto llega, pecho mío, tu resistencia, que no estallas todavía!

REG. Os lo ruego, padre; puesto que os halláis decaído, no os empeñéis en desconocerlo. Si queréis volveros y residir con mi hermana hasta tanto que expire el mes, despidiendo la mitad de vuestra escolta, venid después a encontrarme; ahora de pronto vivo alojada en casa ajena, y me encuentro desprovista de lo más indispensable para recibiros.

LEAR ¡Volver con ella y pasar por el licenciamiento de cincuenta de mis hombres! No, antes renuncio a vivir bajo techo, y me aventuro a arrostrar las injurias del aire y a formar sociedad con el lobo y el buho, bajo la dura ley de la necesidad. ¡Volver con ella! ¡Volver con ella! Propónme más bien servir de esclavo y de bestia de carga a ese detestable lacayo. (Señalando a Osvaldo.)

GON. A elección vuestra, señor.

LEAR (A Gonerila.) Hija mía, te lo ruego, no me precipites en la locura; yo no te importunaré, hija... ¡adiós! no hemos de volver a encontrarnos, no hemos de vernos más. Y sin embargo eres mi carne, mi sangre, mi engendro, o más bien eres en mi cuerpo una dolencia que por fuerza tengo que llamar mía, una úlcera, una honda llaga, un abultado carbunco nacido en mi corrompida sangre. Pero yo no te reprenderé; caiga sobre ti el oprobio cuando quiera; yo no llevaré quejas de tí al supremo juez: enmiéndate cuando puedas, mejórate a tus anchas. Yo puedo aguardar sin impaciencia, puedo quedarme con Regania... yo y mis cien caballeros.

REG. No puede ser de ninguna manera: no estoy preparada para recibiros dignamente. Señor, dad oídos a mi hermana. Ella sabe lo que se hace.

LEAR ¿Es este el lenguaje que debía esperar de tí?

REG. Y me atrevo a persistir, señor. ¡Qué! cincuenta guardias ¿no son bastantes? ¿para qué necesitáis de más? y aun son demasiados. ¿Cómo queréis que en una casa vivan en santa amistad tantas gentes bajo dos distintas cabezas? Es casi imposible. Si queréis venir a casa, en lo cual de pronto descubro un peligro, os recomiendo que no sean más de veinticinco los que os acompañen; no daré cabida a mayor número, os lo advierto.

LEAR Os lo he dado todo...

REG. Ya era tiempo.

LEAR Os he constituido custodios, depositarios míos, no reservando para mi comitiva sino cierto número de caballeros. ¡Conqué a tu residencia, Regania, no pueden seguirme más de veinticinco! ¿Es esto lo que acabas de decir?

REG. Y lo repito, mi señor; en casa no admito más.

LEAR Criaturas feas al lado de otras más deformes llegan a parecer comparativamente hermosas; y hay cierta clase de mérito en no ser entre los perversos el peor. (A Gonerila.) Iré contigo. Los cincuenta que me otorgas es el doble de veinticinco; por tanto el afecto que me conservas aún es el doble del suyo.

GON. Escuchadme, padre mío: ¿Qué necesidad tenéis de veinticinco, de diez y hasta de cinco servidores, en una casa en que hay puestos a vuestras órdenes doble número de criados?

REG. ¿Qué necesidad tenéis ni de uno siquiera?

LEAR ¡Oh! las necesidades no se someten a estricta razón: los más infelices mendigos en el seno de su indigencia tienen algo de superfluo. No conceder a la naturaleza sino lo que la naturaleza exige, es rebajar la condición humana al nivel de la de las bestias. Eres una dama de noble alcurnia;

si no tienen más objeto que el abrigo los espléndidos trajes, ¿a qué vienen todas esas galas que apenas dan abrigo? Para mí si que es de primera necesidad la paciencia; ¡otorgádmela, gran Dios! Véis aquí un pobre anciano, no menos abrumado de dolores que de años, oprimido por una y otra carga. Si permitís vos que se subleven contra el padre los corazones de estas dos hijas, no me enerves hasta el punto de sobrellevarlo mansamente; inflamadme de noble indignación, o no dejéis, al menos, que esas gotas de agua, que son armas de la mujer, surquen mis varoniles mejillas. No, desnaturalizadas furias; yo tomaré de ambas venganza tal, que espanten al mundo entero; cosas haré, no sé cuales todavía, que estremecerán la tierra. Pensáis verme llorar... no, no lloraré; motivo de verter lágrimas lo tengo sobrado; pero antes que derrame una sola, mi corazón estallará en mil pedazos. ¡Ay, mi bufón, yo perderé el juicio. (Vase con Kent y el Bufón, seguidos de Glóster. Oyense truenos lejanos.)

ESCENA VIII

GONERILA, REGANIA, EL DUQUE DE CORNUALLES, OSVALDO y servidumbre

- CORNU. Entremos, que amenaza tempestad.
REG. La habitación no es vasta, y sería difícil albergar en ella al anciano y a la escolta que detrás viene. A él, personalmente, yo le hospedería con gusto, pero a los de su comitiva ni uno sólo.
GON. La misma resolución he formado... ¿Y el conde Glóster?
CORNU. Ha salido tras del viejo... Ya vuelve.

ESCENA IX

Los mismos y GLÓSTER

- GLOS. El rey está en el colmo de su furor.
CORNU. ¿A donde va?
GLOS. Ha pedido su caballo, pero ignoro a donde piensa ir.
CORNU. Lo mejor es abrirle paso, abandonarlo a sí mismo.
GON. Por favor, Duque, no le instéis a quedarse.
GLOS. ¡Ay! la noche cierra y soplan con violencia helados vientos; en muchas millas a la redonda no hay un arbusto a que arrimarse.
REG. A los hombres testarudos deben servir de lección los mismos percances que de su terquedad les resultan. Cerrad las puertas; va seguido de gente desesperada, y como es fácil en prestar oído a los que le engañan, no hay violencia a que no puedan arrastrarle. El recelo es hijo de la prudencia.
CORNU. Cerrad las puertas, Conde, os lo recomiendo como huésped, como señor os lo mando.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO

Campo baldío y raso, con alturas a la derecha, debajo de cuyas peñas asoma la entrada de una choza. Es de noche. Furiosa tempestad.

ESCENA PRIMERA

LEAR, apoyado en el BUFÓN y guarneciéndole con su manto aparece en la altura.

LEAR ¡Soplad, vientos, soplad hasta que revienten vuestras hinchadas mejillas! ¡Desplegad toda vuestra furia! Avenidas y cataratas, ¡subid hasta por encima de las agujas de nuestras torres!

BUF. Vale más el agua bendita de la corte al abrigo de tejado, que esta lluvia al aire libre. Volvámonos, buen tío, y pide perdón a tus hijas; esta es noche que no respeta ni a sabios ni a locos.

LEAR ¡Rugid, huracanes! ¡estallad, centellas! ¡desplomaos, torrentes! ninguno sois hijos míos. Yo no os acuso de ingratitud, ¡oh! elementos; yo no os he dado un reino, ni os he llamado engendros míos; ninguna sumisión me debéis. Complaceos, pues, en

abrumarme despiadadamente; aquí me tenéis pobre, enfermo, despreciado e impotente anciano.

BUF. El que tiene una casa donde meter la cabeza, no sabe lo que se tiene.

LEAR No; quiero ser modelo de paciencia, nada más diré.

ESCENA II

Dichos y KENT observando por debajo de la altura y reconociendo la choza.

KENT ¿Quién va?

BUF. (Desde arriba.) La majestad con la locura.

KENT ¡Albricias, señor! Al fin encuentro para vos una guarida. Una noche como esta impone hasta a los frecuentadores de las tinieblas. La naturaleza humana es incapaz de resistir a convulsiones semejantes. ¡Ah, mi señor!... ¡Con la cabeza desnuda a la intemperie! Venid; aquí hay una cabaña que os prestará asilo contra la tempestad; descansad aquí, mientras se amansan los elementos.

LEAR Déjame.

KENT Dignaos entrar, mi buen señor. Es harto cruda la noche para pasarla al aire libre.

LEAR ¿Quieres destrozarme el corazón?

KENT Prefiriera destrozarme el mío.

LEAR La tormenta que en mi alma ruge, extingue toda mi sensibilidad para la de fuera. ¡Ingratitud filial! ¿no es cómo si la boca mordiese la mano para castigarla por el alimento que le suministra? Pero yo pondré remedio; no quiero llorar, no... ¡En una noche como esta, échame fuera! Lleva a mares; lo sufriré... ¡Mas en una noche como esta!... ¡Oh, Regania! ¡oh, Gonerila! ¡vuestro anciano, benigno padre

cuyo franco corazón os lo ha dado todo!...
¡Oh! esta vereda conduce a la locura: evi-
tarla. No se hable más.

KENT
LEAR

Entrad, mi señor, os lo suplico.

Entra tú, sin reparo, busca tu propia co-
modidad. A mí me hace bien la borrasca,
me distrae de cosas que me dañan mucho
más... Empieza a irseme la cabeza. Ven
acá, muchacho (al bufón) ¿cómo estás, hijo
mío? ¿tienes frío? también lo tengo yo...
¿Habrá paja ahí dentro, amigo? (A Kent).
¡Qué cosa es la necesidad, que lo más vil
nos lo hace precioso! ¡Pobre loco! ¡Todavía
hay en mi corazón una parte que se duele
de ti! ¡Entremos todos... indigentes sin
asilo! Pasa tu primero, muchacho. (Entra el
Bufón en la cabaña que carece de puerta.) Voy a
rezar y en seguida dormiré.

ESCENA III

Dichos y EDGARDO

BUF.

(Volviendo a salir azorado.) ¡Socorro! Hay un
espíritu ahí dentro... No entres, tío: hay
un espíritu, (Edgardo sale de la choza desgreñado
envuelto en un manto burdo.)

EDG.

¿Quiénes sois? ¿Qué queréis?

KENT

Compatir por algunas horas tu abrigo, si
lo permites.

EDG.

¡Todavía puedo dar algo! ¡Todavía en este
momento hay otros más pobres que yo!

LEAR

Será que no tienes hijas; si las tuvieses,
ya te habrían sonsacado tu vivienda.

EDG.

Pero tengo padre que me ha echado de la
suya.

LEAR

¡Ah! Te ha despedido tu padre, como mis
hijas a mí. Tu mal tiene más fácil reme-
dio. Ve y échate a sus plantas, y cualquie-
ra sea tu culpa, aunque le hayas armado

asechanzas, aunque hayas tratado de heredarle en vida, volverás a su gracia, yo te lo ffo. ¡Oh! Si me pidieran perdón las ingratas, yo nos le dejara tiempo de doblar la rodilla.

EDG. Negras calumnias le han prevenido, y sin culpa me veo desheredado.

LEAR Mientes; sin grave y probado motivo jamás deshereda un padre. ¡Pero ay! (Reflexionando tristemente.) Quizá tienes razón... padres hay que desheredan y espían duramente su arrebato... Con justicia me castigáis, pero no debiera ser por mano de ellas, ¡Dios mfo!

KENT Desechad, señor, estas ideas: tenéis necesidad absoluta de reposo.

LEAR Pobres criaturas, expuestas al presente donde quiera sea, desnudas e indefensas, al rigor de este desapiadado temporal. ¿Cómo han de resistirlo vuestras desabrigadas cabezas, vuestros vacíos estómagos, vuestros agujereados y mal cosidos harapos? ¡Oh! ¡Qué poco me cuidaba yo de estas cosas! Aprende, grandeza humana, aprende, exponte a sufrir lo que los infelices sufren, a fin de acostumbrarte a verter encima de ellos tu sobrante, y a volver por la justicia del cielo.

EDG. Un lecho de hojas secas es cuanto puedo ofreceros, señor. El rey en persona sois, si he de creer a mis ojos y a mi oído; pero mi razón, no comprendiendo el por qué y el cómo os halláis aquí y a estas horas, protesta del testimonio de mis sentidos.

BUF. Por de pronto, tío, te conviene el lecho más que el trono, pues el tiempo es para agacharse más que para trepar.

KENT Dormid, señor; yo vuelvo a la descubierta, por si tropiezo con alguno de la dispersa comitiva. (Lear, seguido del bufón, deja conducirse al interior de la eabaña por Edgardo, que vuelve a salir al momento.)

ESCENA IV

KENT y EDGARDO

EDG. ¡Por piedad! Quien quiera seáis, decidme lo que sucede... ¡El rey fugitivo, abandonado, sin escolta!

KENT Se le han cerrado las puertas del castillo, que no habrán sido más hospitalarias para sus seguidores.

EDG. ¿De qué castillo habláis?

KENT Del de Glóster vuestro padre.

EDG. (Asustado.) ¡Ah! Si me conocéis no me descubráis os conjuro.

KENT Más fácil es mancebo que os descubra vuestro lenguaje.

EDG. Pero vos ¿quién sois?

KENT Soy quien sabe vuestra desdicha, y la acusación perversa del hermano, y la credulidad del que a entrambos ha dado el sér: soy quien os aconseja buscar un refugio más distante y seguro, ínterin se abre paso la luz de la verdad.

EDG. El amor y la confianza que a la inocencia acompaña no me han permitido alejarme más de la mansión paterna. Diviso al menos sus torres desde ese solitario escondrijo, y su vista me alimenta más que el rústico sustento que me procura un fiel servidor. ¡Oh! si sois lo que mejor que el traje indican vuestras palabras, ayudadme a desvanecer las imputaciones que sobre mí pesan; tomad mi defensa con seguridad ante mi padre, u obtenerme que la escuche de mis labios, y no os arrepentiréis de haber empeñado vuestra garantía.

KENT ¡Mala ocasión! El trastorno que estáis viendo en la naturaleza nada es, si se compara con el que amenaza conmover y agi-

tar el reino. Glóster ya no dispone siquiera de su castillo; ocúpalo sólo de huésped el Duque de Cornualles, a quien está vendido el bastardo, que después de vuestra perdición maquina la del padre. Va a estallar la guerra entre los dos yernos acerca de la partición del lote vacante de Cordelia, apenas cese la nefanda conjuración de las dos hermanas contra el rey dimidente; los leales no se avendrán a usurpación tan inícuca, ni a ser disuelta la guardia del soberano. Cada cual enarbolará su bandera, y la neutralidad se hará imposible. Urge reunir al rededor de esa sombra de majestad cuantos caballeros se pueda y ponerla a salvo dentro de los muros de Dover; y urge no menos avisar a Cordelia de lo que pasa, a fin de que atraviesen sus tropas el estrecho para restablecer el orden y la autoridad legítima. ¿Qué hacéis ahí escondido y temblando a cada instante de ser descubierto? Con harto menor peligro y con gloria digna de vuestra edad y rango, llevad vos el mensaje a la princesa; tomad esta bolsa y este anillo que le declarará quien os envía.

EDG.

No me importa saber quién sois: la comisión es harto honrosa para esquivarla.

KENT

Id, y probad con generosos servicios vuestra inculpabilidad pasada; pero (Prestando atención hacia la choza.) el rey despierta. (Va calmando la tempestad.)

ESCENA V

Dichos, LEAR y EL BUFÓN

LEAR

(Que sale arrebatadamente de la cabaña.) Que se celebre el juicio inmediatamente.

BUF.

Esta helada noche a todos nos volverá locos.

LEAR (A Edgardo.) Siéntate tú aquí, respetable magistrado, así, envuélvete en tu toga. Y tú, (Al Bufón.) toma apuntes, discreto secretario. También tú (A Kent.) formas parte del tribunal. Ahora, que comparezcan esas zorras.

BUF. (Dirigiéndose a una roca bruscamente.) Perdón, señora, yo os equivocaba con una peña. Grande es el descoco con que miráis a vuestros jueces.

LEAR Que se adelante la primera. Afirmo con juramento ante esa honorable asamblea, que ha echado de casa a su desgraciado padre.

BUF. Acercáos. ¿Vuestro nombre es Gonerila?

LEAR No puede negarlo.

EDG. (En vano me esfuerzo en contener las lágrimas.)

LEAR He aquí otra cuya feroz mirada denuncia el temple de su corazón... ¡Detenedla! ¡armas! ¡armas! ¡espada! ¡fuego!... ¡La corrupción sentada en el tribunal! Juez inicuo, ¿por qué la has dejado escapar?

KENT ¡Oh, lástima! ¿Y a dónde se ha ido, señor, esa resignación, que tantas veces os lisonjeábais de haber recobrado?

LEAR Que disequen a Regania, que examinen lo que tiene en la región del corazón, a ver si esa dureza puede ser efecto de causas naturales. (A Edgardo.) Quiero, amigo, que te incorpores a mis cien caballeros; lo que no me gusta es tu traje. Dirás que es a la usanza danesa; de todas maneras exijo que lo cambies.

ESCENA VI

Dichos y GLÓSTER, con una antorcha

EDG. ¡Cielos! ¡mi padre! ¿Dónde me ocultaré?
(Arrebújase en su manto.)

- LEAR. ¿Quién es ese hombre? ¿qué quiere de mí?
GLOS. ¿Y es esta la corte que a Vuestra Majestad rodea?
- LEAR. No interrumpas nuestras filosóficas conferencias.
- GLOS. Nuestra carne y sangre, señor, se ha pervertido tanto en la generación creciente, que se revuelve contra quien le ha dado el ser. Mi adhesión no me consiente obedecer en todo las crueles órdenes de vuestras hijas, y a pesar de su mandato de que os cierre mis puertas y de abandonaros a la saña de esta noche, me he aventurado a venir en busca vuestra para conducirlos adonde halléis lumbre y mesa. Venid conmigo.
- LEAR. Dejadme estar; me caigo de sueño.
KENT. (A Glóster.) Arrancadle de aquí, que su razón se extravía.
- LEAR. (Tendiéndose a la puerta de la choza.) No hagáis ruido, no hagáis ruido; tirad las cortinas; bien está. Cenaremos mañana temprano; así, así.
- KENT. (A Glóster.) ¿Véis este espectáculo, señor? está loco.
- GLOS. El caso no es para menos. Sus hijas no se contentan sino con su muerte. ¡Ah! bien lo anunció aquel excelente Kent que así sucedería...
- KENT. ¿Lo recordáis?
GLOS. ¡Y ahora anda desterrado, el infeliz! ¡Ay! también a mí me falta poco para perder la razón. Tenía un hijo a quien desconozco ahora como tal, que atentó a mi vida... (Movimiento en Edgardo.) y sin embargo ningún padre quiso a su hijo con más ternura... ¡Ay, amigo, el pesar me tiene trastornado el seso. (Edgardo va a descubrirse y Kent le retiene sin que Glóster se aperciba.)
- KENT. (Contemplando a Lear.) El exceso del dolor y de la fatiga le tiene aletargado. Acaso sea un bálsamo para su quebrantado espíritu

esta tregua de reposo; si se le interrumpe, corre peligro de no curar.

GLOS.

Y corre peligro de muerte si cae en manos de su despiadado yerno. No hay momento que perder. Ahí bajo tengo prevenida una litera, y reunidos treinta o cuarenta caballeros rezagados que andaban errantes por esas cercanías. Alejáos, antes que amanezca, en dirección a Dóver: de mis vasallos nada tenéis que recelar. Ahora transportadle en hombros hasta el pie de la cuesta; a vuestra solicitud le confío. Yo vuelvo en seguida al castillo, por no despertar más sospechas.

CUADRO II

Galería en el castillo de Glóster

ESCENA I

EL DUQUE DE CORNUALLES y EDMUNDO

- CORNU. ¿Tu padre ha salido?
EDM. Solo y escondidamente.
CORNU. ¿A qué hora?
EDM. Antes de media noche.
CORNU. ¿Con qué objeto?
EDM. Lo ignoro, señor.
CORNU. ¿Es que tú también favoreces sus tramas?
EDM. No pongáis, príncipe, mi lealtad, en lucha con mi filial afecto.
CORNU. Escoge entre compartir su castigo o heredar su estado.
EDM. Temo que de su mal entendida lástima brote el primer chispazo de encarnizada guerra civil.

- CORNU. ¡Va, pues, tan adelante!
- EDM. Yo no digo que no procurara al desatentado viejo algún abrigo bien que inmerecido contra la tempestad; ¡pero, dar a la dispersa escolta un punto de cita, reorganizarla!...
- CORNU. ¿A tanto se atreve?
- EDM. ¡Hacerle acompañar hasta Dover; y allí, al amparo de los muros, procurarle fuerzas para revocar su abdicación y reasumir el imbécil ejercicio de la autoridad!...
- CORNU. ¡Rayos del cielo!
- EDM. Tanto le valiera a mi imprudente padre haber introducido a la revoltosa guardia en el castillo y entregarle vuestra augusta persona y la de la princesa.
- CORNU. Voy a armar mi gente, a preparar la defensa, a mandarla en persecución del rebelde. Ayúdame, Edmundo, y ya no habrá aquí más conde sino tú.
- EDM. ¡Qué posición tan triste es la mía, que hasta el bien obrar haya de costarme remordimientos! ¡Cielos! ¡que no exista traición, o que no haya de ser yo quien la descubra!
- CORNU. Eres hijo al fin, y te dispenso de servir a mi venganza de instrumento y aun de testigo. Acompañarás hasta su residencia a mi cuñada, cuya pronta partida recomiendan las circunstancias, y llevarás a su esposo un importantísimo mensaje.
- EDM. Por más que se me subleve la sangre contra el deber, os prometo fidelidad a todo trance.

ESCENA II

Dichos, GONERILA y REGANIA

- CORNU. (A Gonerila.) A buscaros iba, hermana. Va a amanecer, ha serenado el tiempo, y sabe

Dios qué extremas resoluciones inspirarán a vuestro padre los que le pierden, y cuáles serán menester de nuestra parte para enfrenar su osadía. Urge concertarnos contra el común enemigo, suspendiendo inoportunas contiendas. Actividad y energía se necesitan ya para conservar lo que tan gratuitamente se nos vino a las manos. Edmundo os conducirá; él sólo vale por una escolta.

REG. No sé si es prudente en estos momentos privarnos de su auxilio.

CORNU. Volverá en seguida. (A Edmundo.) Al de Albania infórmele de lo que ocurre y prevén de lo que amenaza.

GEN. ¡Adiós, querido duque! Adiós, hermana!

REG. ¡Dios te guíe!

CORNU. ¡Adiós, señora! Mantengamos entre nosotros rápidos e inteligentes correos. Edmundo, te saludo por conde desde ahora. (Edmundo se inclina y sale con Gonerila.)

ESCENA III

EL DUQUE DE CORNUALLES, REGANIA y después OSVALDO

CORNU. ¿Sabéis que nuestro huésped benemérito nos ha salido traidor?

REG. Nunca me mereció entera confianza. ¿Dónde está?

CORNU. Anda por ahí fuera, tomando la causa de vuestro padre.

REG. ¡Va a encerrarnos dentro de estos muros!

CORNU. No; ya no arranca de mi poder este castillo. Nada puede su servidumbre contra nuestros hombres de armas que tienen ocupadas las puertas y las torres. (Al verle entrar.)

¿Qué noticias traes, Osvaldo?

OSV. Malas. Un escuadrón de cincuenta ginetes marcha hacia la ciudad vecina rodeando al viejo Lear.

- CORNU. ¿Va con ellos Glóster?
OSV. No; pero muchos de sus vasallos se les agregan por su orden.
REG. Que le ahorquen una vez cogido.
CORNU. A mayor pena le reservo, y por esto he alejado a Edmundo. (Gritando.) ¡A salir en busca de Glóster! ¡veinte coronas al que le prenda! ¡pena de muerte al que le ocultel! (Movimiento de criados y de hombres de armas hacia el fondo.)

ESCENA III

Dichos, GLÓSTER, ANGO, criados de Glóster y comitiva del Duque.

- GLOS. (Atravesando serenamente la multitud que le abre paso.)
¿Qué tumulto es ese? ¿qué ha sucedido?
CORNU. (A su comitiva.) Prendedle.
GLOS. ¡A mí! ¡Prender al que de voluntad se entrega!
REG. Atadle al ingrato, al pérfido.
GLOS. ¿Qué pretenden Vuestras Altezas? ¿De qué se me acusa?
CORNU. Sujetadle a un sillón; apretad fuerte. (Hácese así.)
GLOS. Considerad que sois huéspedes míos, que estáis en mi casa, que no es ese el tratamiento debido a mis servicios ni a mi rango.
REG. El que se debe a un traidor infame.
GLOS. Mientes, mujer inhumana, yo no soy traidor.
REG. (Tirándole de la barba.) ¡Una barba tan blanca y un corazón tan negro!
GLOS. ¡Acción villana, indigna de bandidos! ¡A un hombre atado, en su propio hogar, ponerle en el rostro las impuras manos! Esos pelos que de mi barba arrancas, implacable furia, cobrarán vida para acusarte.
CORNU. Habla, responde a tu soberano. ¿Qué inte-

ligencias mantienes con los enemigos de nuestra autoridad? ¿Qué intrigas urdes para levantar en el país sediciones y rebeldías?

REG.

GLOS.

Di la verdad, que sobrado ya la conocemos. Por mi honor que no tengo noticias de otros enemigos que los que vuestra cruel conducta os ha creído, ni de otras asechanzas que las que armáis para acabar con vuestro despojado padre.

REG.

¿En qué manos acabas de poner al pobre rey demente?

GLOS.

En manos leales.

CORNU.

¿A dónde le has enviado?

GLOS.

A la ciudad de Dóver.

REG.

¿Y por qué a Dóver? ¿No se te había encargado bajo tu responsabilidad?

CORNU.

¿Por qué a Dóver? Déjale que conteste.

GLOS.

Amarrado a la picota estoy, y se me suelta la furiosa sarta de perros.

REG.

¿Por qué a Dóver?

GLOS.

Porque no he podido resistir la vista de tus crueles uñas clavadas en los ojos del triste anciano, ni hundidas las garras de de tu feroz hermana en la carne del ungi-do del Señor. Pero yo he de ver la ven-ganza lanzarse desde arriba alas desple-gadas sobre esa nefanda prole.

CORNU.

(Arremetiendo a Glóster.) No, no lo verás; antes saltarán de su órbita tus ojos.

GLOS.

¡Edmundo! ¡hijo mío! ¡socorro! (Forcejeando a pesar de sus ligaduras.)

ANGO

¡Alto, duque, alto! Vuestra vida me res-ponde de la de mí dueño. (Sacando la espada.)

REG.

(Interponiéndose.) ¡Te atreves, traidor!

CORNU.

(Dejando a Glóster para defenderse de Argo.) ¡Vil esclavo! (Combate instantáneo; cae herido el duque.) Me ha tras-pasado el corazón.

REG.

(Cogiendo la espada de un soldado, e hiriendo a Ango por la espalda.) ¡Que no tenga ese mons-truo más de una vida!

ANGO

Muero contento por vos, amo mío, y por

la venganza que habéis alcanzado a ver.
(Cae desplomado.)

REG. No será por mucho tiempo.

CORNU. Regania, mi sangre corre en abundancia...
¡Oh! ¡bien fuera de razón viene esta herida! Dadme el brazo.

REG. Voy, esposo mío. (Deteniéndose, mientras se retira el duque en brazos de dos soldados y señalando con el pie el cadáver de Ango.) Ese cadáver al muladar. A ese traidor conde pasadle un hierro candente por los ojos, que no vea más.

GLOS. ¿Dónde está mi Edmundo, que no socorre a su padre?

REG. ¡Oh! ¿a quién invocas? Edmundo ha revelado tus pérfidias, y es harto leal para compadecerte.

GLOS. ¡Oh insensato de mí! ¡Fué todo calumnia contra Edgardo!... Perdonadme, santos cielos, y protegedle.

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Cercanías de Dover, cuyas murallas y puerto se descubren a la derecha. Praderas y bosques a la izquierda. Una pequeña eminencia cortada a pico, en segundo término a la derecha.

ESCENA PRIMERA

GLÓSTER, un anciano SERVIDOR que le lleva de la mano.

GLOS. Retírate, amigo. Dices que estamos ya a vista de la ciudad; por caridad o recompensa algún transeunte me prestará su apoyo, sin necesidad de comprometerte en mi servicio.

SERV. ¡Oh, mi buen señor! Yo que durante treinta años he sido colono vuestro, y otros tantos lo fui de vuestro noble padre!

GLOS. Escaso consuelo puedes darme en proporción de las fatales resultas a que te expones. ¿No sabes lo cara que cuesta hoy la lealtad? Vuélvete desde luego con tu humilde montura, antes que sea notada allá tu ausencia.

SERV. ¡Ah, señor! ¿Y cómo sin verlo podréis seguir vuestro camino?

GLOS. Ninguno determinado sigo, de consiguien-

te no necesito ver. Cabalmente fué cuando tenía ojos que tropecé. ¡Ah! ¡Hijo mío, querido Edgardo, en quien se cebó la cólera de tu engañado padre! ¡Si pudiera verte al menos con los ojos del tacto! Entonces, sí, que creyera haber recobrado la vista.

SERV. No os abandonaré hasta ponerlos en lugar seguro... Pero ¿qué veo? ¡Providencia divina! (Soltando la mano de Glóster y dirigiéndose a Edgardo que entre un grupo de caballeros aparece por la derecha.)

GLOS. ¿Qué? ¿Qué estás viendo? ¿A dónde vas? (Palpando con la mano y con el bastón.)

ESCENA II

Dichos y EDGARDO

EDG. (Con sorpresa.) ¡Es mi padre conducido como un mendigo!

SERV. (Corriendo a Edgardo.) ¡Socorro, mi joven amo!

EDG. Silencio, no me descubras. ¿Cómo así? ¿Quién le ha puesto de esta suerte?

SERV. Le han sacado los ojos, le han echado del castillo. ¿Véis qué espectáculo?

GLOS. (Gritando.) ¡Eh! ¡Tú! ¿A donde te has ido? ¿Nadie me escucha?

SERV. Voy, señor. (Acudiendo a él.) Aquí me tenéis.

GLOS. ¿Con quién hablabas?

EDG. (Acercándose y disimulando la voz.) Con quien se ofrece a guiarnos y servirnos con más vigor y no con menos fidelidad que ese buen anciano.

GLOS. (Al servidor.) ¿Conoces a este hombre?

SERV. Perfectamente, señor; robusto y práctico como es, suplirá mis veces con inmensa ventaja. Solamente en manos tales pudiera yo consentir en dejarlos. El Señor por medio de éste os alumbre y os sostenga. (Bésale la mano con una rodilla en el suelo, y se retira.)

GLOS. Y me permita recompensarte un día, buen vasallo.

ESCENA III

GLÓSTER y EDGARDO

- EDG. ¿A qué punto queréis que os guíe?
GLOS. ¿Sabes los caminos y las calles de Dóver?
EDG. Todas, grandes y pequeñas, las conozco a ojos cerrados.
GLOS. ¿Y el puerto también? A la extremidad del puerto se eleva un peñasco que avanza sobre el mar su pavorosa cabeza: basta que me conduzcas a su borde, y allí te recomendaré con un rico presente que encima llevo.
EDG. ¿Y después?
GLOS. Después, no tendré ya necesidad de guía.
EDG. ¡Presérveos el cielo del espíritu maligno!
¿Nada tenéis antes que hacer ni qué buscar?
GLOS. ¿A qué se refieren tus preguntas?
EDG. ¿No os queda nadie con quien deseárais encontraros mejor que con la muerte?
GLOS. Indagas de sobra. Tu brazo reclamo y no tu consejo. Si no has de obedecerme, déjame de una vez.
EDG. (¡Dadme acierto, oh, Dios, para seguir fingiendo, o valor para descubrirme!) (Vanse por la izquierda.)

ESCENA IV

KENT, un CABALLERO al servicio de Cordelia

- CAB. Sois Kent, el noble Kent: lo reconozco al través del rústico disfraz que os encubre.
KENT No os lo negaré, pero me conviene todavía conservarlo algunas horas... hasta deponerlo a los pies de la insigne princesa que acaba de arribar a estas costas.

CAB. ¿Todavía no os habéis presentado a Cordelia desde su llegada?

KENT No debía hacerlo sin poner en sus manos el sagrado depósito de la real persona que tengo confiado, y de que precisamente en estos momentos por desgracia no puedo dar exacta cuenta. Esta mañana, ya lo sabéis, ha burlado el anciano rey la vigilancia de los que le guardaban, y andará medido por estos bosques, entregado a la vida errante que hoy forma sus delicias. Fortuna que son inocentes los caprichos de su locura, y que no asoma entre ellos el funesto propósito de atentar a sus días.

CAB. ¿Y no ha manifestado emoción al saber el arribo de su cariñosa hija, ni impaciencia por recibirla en sus brazos?

KENT Cabalmente en sus ratos de mayor lucidez es cuando siente más repugnancia a verla, dominado por una vergüenza invencible. Recuerda la dureza con que le retiró su bendición y la abandonó a las vicisitudes del destino en país extranjero, transfiriendo los derechos de ella a las otras desnaturalizadas hijas; y en el corazón lleva clavada cual ponzoñoso dardo esta punzante idea. Ha faltado tiempo, por otra parte, para preparar tan delicada entrevista.

CAB. No quiso mi señora diferir una noche siquiera su partida. Recibido el mensaje de Edgardo con vuestra carta, pretendía como reina subyugar el dolor que se le rebelaba y encerrar en sus párpados las lágrimas que resbalaban una a una por sus mejillas. Una o dos veces se le escapó con fuerte suspiro el nombre de «padre», y como si se le hubiese aliviado de un peso el corazón, «¡mis hermanas! prorrumpió, ¡mis hermanas, oprobio de nuestro sexo!... ¿está desterrada del mundo la piedad?» y el llanto se escapó a raudales de sus ojos, y corrió a encerrarse sola con su pena.

KENT No se comprende que tan diferentes engendros procedan de un mismo tálamo.

CAB. En vano trató el rey su esposo de retenerla hasta aprestar cuatro buques con tropas suficientes para restablecer la legítima autoridad de Lear: no tomando consejo sino de su corazón, la animosa hija embarcóse, sin más ejército que una reducida escolta, en la misma nave portadora del aviso, y no parece sino que los vientos propicios han secundado su solícita premura.

KENT No apruebo esta precipitación aventurada: la ciudad, aunque leal, no se encuentra bastante guarnecida para resistir a un sitio, ni menos hay de pronto fuerzas que oponer en campo abierto a las milicias combinadas de ambos duques. Dicese que el de Cornualles ha despojado a Glóster del castillo y de la libertad, y corren por otra parte siniestros rumores de que ha sido asesinado. Extraño no haber visto a Edgardo desde su regreso; por estas intermediaciones se me ha dicho que andaba.

CAB. La escuadra francesa no puede tardar en acudir, velas desplegadas, a nuestro socorro.

KENT ¡Dios lo quiera! Lo que urge ahora es separarnos en busca del augusto demente, y una vez hallado, restituirle a su morada.
(Parten en distintas direcciones.)

ESCENA V

GLÓSTER sostenido por EDGARDO, saliendo del bosque

GLS. ¿Tardaremos en llegar a la cima del peñasco?

EDG. Trepándola vamos; observad lo fatigoso de la cuesta. (Andando lentamente.)

GLS. Pues a mí me parece llano el camino.

EDG. Horriblemente escarpado. ¿Oís mugir las olas?

GLOS. No, verdaderamente.

EDG. Será que el dolor que sufrís en los ojos embota vuestros demás sentidos.

GLOS. Tal vez; pero no me aprietes tanto el brazo. Percibo sobre mi mano una caliente gota.

EDG. Recuerdos de mi difunto padre. ¿No tenéis hijos?

GLOS. Los tuve; contra el uno me volví yo, contra mí se ha vuelto el otro. No me hables de esto.

EDG. Un paso más, señor... (Parándose.) Al fin hemos llegado. No os meneéis un punto. ¡Cómo espanta y estremece sumir la vista en el fondo de ese abismo!

GLOS. Colócame en el sitio donde estás.

EDG. Estáis a un pie del mismo borde.

GLOS. Suelta mi mano. Toma, amigo; dentro de este bolsillo hay una joya que bien merece ser aceptada por un pobre; hágala el cielo prosperar en poder tuyo. Ahora retráete y despídete de mí; quiero oír alejarse tus pasos.

EDG. (Fingiendo irse.) Adiós, pues, mi buen señor.

GLOS. Adiós con toda mi alma.

EDG. (Juego así con su desesperación a fin de curarle de ella.)

GLOS. Voy a salir de este mundo, omnipotente Dios, y en vuestra presencia me descargo tranquilamente del paso de mi aflicción; si pudiese sobrellevarlo por más tiempo, sin ponerme en guerra con vuestra irresistible voluntad, dejaría consumirse por sí sólo el débil pábilo de mi aborrecida existencia. ¡Oh! si vive Edgardo, bendecidle... Ahora, adios, amigo.

EDG. Ya me voy, señor; adiós. (Glóster hace ademán de precipitarse. Edgardo lo retiene.)

GLOS. Apartaos y dejadme morir.

EDG. No cargaré este peso sobre mi conciencia.

GLOS. ¿Quién eres tú?

EDG. Un infeliz, amansado por los golpes de la fortuna, a quien sus propios sufrimientos han enseñado compasión hacia los que sufren.

GLOS. ¡Oh! En el mundo abundan las desdichas; tal vez por esto mismo es menos rara la piedad.

EDG. Calma, señor... Pero ¿quién viene allí? ningún hombre de sano juicio se ha arreglado jamás en esta forma.

ESCENA VI

Dichos y LEAR por la pradera, ceñida caprichosamente la cabeza de flores silvestres

LEAR No, no hay derecho de condenarme por haber acuñado moneda: soy el rey en persona.

EDG. ¡Oh, vista desgarradora!

LEAR En este punto la naturaleza está por cima del arte. Ahí tienes el importe de tu enganche. Ese camarada maneja el arco como un espantacuervos las albardas. ¡Oh! buena puntería, muchacho: ¡en el blanco, en el mismo blanco justamente! ¿A ver la consigna?

EDG. Dulce mejorana.

LEAR Pasa.

GLOS. Conozco esta voz.

LEAR ¡Ah! ¡Gonerila! ¡con una barba blanca! Ellos me lisonjeaban como un perrito, decíanme que yo lo era todo; es mentira, ni siquiera soy a prueba de calentura.

GLOS. El timbre de esta voz no se me olvida: ¿no es este el rey?

LEAR Sí, rey de pies a cabeza. Ved como tiemblan los súbditos cuando frunzo las cejas. Suéltese la rienda al libertinaje, pues el

hijo bastardo de Glóster no ha sido peor para con su padre que con el suyo mis hijas habidas en legítimo lecho. Mira allí aquella risueña dama, al través de cuyos dedos se vislumbra un semblante de nieve, que afecta virtud, y sólo con oír el nombre de placer sacude la cabeza: ni el gato montés ni el garañón encierra más desenfrenados apetitos. Mujeres desde la cintura arriba, centauros de medio cuerpo abajo, su porción superior es patrimonio de la liviandad, la inferior del diablo: todo es en ella infierno, tinieblas, ardor, hediondez, consunción, sulfurosa caverna. ¡Uf! ¡uf! dame una onza de algalia, buen boticario, para desinfectar mi fantasía; toma el dinero.

GLOS. ¡Oh! permitidme besar esa mano.

LEAR Deja que antes la enjuague; huele a mortalidad.

GLOS. ¿No me conocéis?

LEAR Recuerdo bastante bien tus ojos. ¿Por qué me miras de través? Esfuérate cuanto quieras, ciego Cupido; estoy resuelto a no amar. Lee este cartel, observa cómo está escrito.

GLOS. Aun cuando fuese un sol cada letra, no podría ver ni una.

EDG. Quisiera poderlo tomar por error si me lo contaran, pero demasiada verdad es, y mi corazón estalla de presenciarlo.

LEAR Lee.

GLOS. ¿Cómo? ¡Sin ojos!

LEAR ¡Oh! ¡oh! he aquí la situación en que respecto de mí te encuentras, ¡sin ojos en la cabeza y sin moneda en el bolsillo! para los ojos muy grave, para el bolsillo muy ligera. Y sin embargo, ves como anda el mundo.

GLOS. Sin verlo, lo siento.

LEAR ¿Estás loco? para ver como anda el mundo no hacen falta los ojos; mirá con las orejas.

Allí tienes un juez que reprende a un ladrón: escucha al oído... que cambien de puesto, como hacen por juego los muchachos, y no sabrás averiguar quién es el ladrón, y quién es el juez. ¿Has visto alguna vez a un perro de granja ladrar a un mendigo?

GLOS.

Sí, señor.

LEAR

¿Y al pobre diablo huir del maldito perro? Ahí tienes la imponente imagen de la autoridad; el perro obedecido en el ejercicio del poder. Detén tu despiadada mano, bribón de alguacil, ¿por qué das de azotes a esa miserable? desnuda tus propias espaldas, que tú ardes en deseos de cometer con ella el pecado por el cual la fustigas. El usurero ahorca al trampista. A través de los andrajos asoman los vicios pequeños; las magníficas ropas y las vueltas de armiño ocultan las grandes. Guarnézcase de oro la culpa, y en ella se quebrantará impotente la formidable lanza de la justicia; vístase de harapos, y para atravesarla de parte a parte bastará una paja en las manos de un pigmeo. No hay pecador alguno, ni uno siquiera, os digo: a todos los abusuelvo. Acéptalo, amigo; recíbelo de mi mano, que yo tengo el poder de sellar los labios del acusador. Ponte ojos de vidrio, y como astuto político, aparenta ver lo que no ves.

EDG.

¡Oh mezcla de verdades y despropósitos!
¡qué de sensatez en su locura!

LEAR

Si quieres llorar mis infortunios, toma prestados mis ojos. Te conozco bastante bien; tu nombre es Glóster. Ten paciencia; venimos al mundo llorando. Sabes que apenas olfateamos el aire, prorrumpimos en vagidos y clamores. Voy a predicarte, atiende.

GLOS.

¡Ay! ¡ay!

LEAR

Desde que nacemos lloramos, como lamen-

tándonos de entrar en esa vasta mansión de locos... ¡Sería un excelente ardid de guerra herrar de fieltro un escuadrón de caballos! He de probarlo, y cuando haya cogido de sorpresa a esos yernos, entonces degüella, degüella, degüella que te degüella.

ESCENA VII

Dichos y el CABALLERO al servicio de Cordelia, con escolta

CAB. (A los soldados.) Vedle ahí; proteged su persona. (Adelantándose hacia Lear.) Señor, vuestra amada hija...

LEAR ¡Nadie me socorre! ¡Yo prisionero! ¿He de ser por naturaleza juguete de la fortuna? Tratadme bien; yo pagaré mi rescate. Que venga un cirujano: estoy herido en el cerebro.

CAB. Todo lo tendréis.

LEAR ¡No me ayudan! ¡Me dejan solo!

CAB. Mi buen señor...

LEAR Quiero morir alegremente, como un recién desposado; de todas maneras no he de perder la jovialidad. ¡Ea! ¡ea! Yo soy rey: ¿no lo sabeis, señores míos?

CAB. Sois un gran rey, y como a tal os obedecemos.

LEAR Pero este rey tiene vigor en las piernas. Para cogerle es menester seguirle a la carrera. ¡Sus! ¡sus! (Aléjase seguido por los soldados.)

CAB. En el más infeliz de los hombres sería deplorable semejante espectáculo; en un soberano lo es más allá de toda ponderación. ¡Oh, Lear! Al menos tienes una hija que borra el oprobio que han impuesto las otras dos sobre la humana naturaleza. No aplacemos por más tiempo la tierna y saludable entrevista. (Vase por la derecha.)

ESCENA VIII

GLÓSTER y EDGARDO

GLOS. El rey se ha vuelto loco; tenaz tiene que ser mi pobre razón para haber así resistido a tales pruebas y conservar en plena vivacidad el sentimiento de mis inmensos dolores. Mas me valiera que un trastorno mental distrajese mis pensamientos de la consideración de tan graves desdichas, y que mis dolores aletargados por delirantes fantasías perdiesen la conciencia de sí mismos.

EDG. Venga el brazo, venerado señor; aun no desconfío de hallar consuelo a vuestros males.

GLOS. El cielo te bendiga quien quiera seas. ¿A dónde me conduces?

EDG. A la ciudad donde se reúnen los fieles súbditos del monarca.

GLOS. En adelante, Dios soberano, disponed únicamente vos de mi vida. No vuelva el maligno espíritu a sugerirme la tentación de anticipar mi muerte a vuestro beneplácito.

EDG. ¡Santa oración, buen anciano!

CUADRO II

Habitación real en Dover

ESCENA IX

LEAR, tendido sobre una cama, CORDELIA, KENT, el DOCTOR, CABALLEROS y CRIADOS

CORD. ¡Oh mi incomparable Kent! ¿qué he de hacer y cuánto he de vivir para corresponder

dignamente a tus bondades? Mi vida entera será demasiado corta para el desquite, y toda recompensa se quedará atrás de tus servicios.

KENT El reconocimiento, señora, sobrepuja cualquier paga.

CORD. Vístete mejor: ese traje recuerda harto calamitosos días.

KENT Dispensadme, princesa: impórtame permanecer desconocido para facilitar el logro de mis intentos; la gracia que os pido es que no reparéis en mí hasta el momento que yo lo juzgue oportuno.

CORD. Hágase así como deseas, noble barón. (Al doctor.) ¿Cómo se encuentra el rey?

DOCT. Todavía duerme, señora.

CORD. ¡Oh, Dios piadoso! ¡cerrad la enorme brecha abierta en su trastornada mente! ¡Restableced la armonía en el extraviado y discordante seso de un pobre padre degenerado en niño!

DOCT. ¿Permitirá Vuestra Majestad que despertemos al rey? Ha dormido mucho tiempo.

CORD. Diríjios por los conocimientos de vuestro arte, que yo me adhiero en todo a lo que os parezca. ¿Está vestido?

CAB. Si, señora; hemos aprovechado su profundo sueño para cambiarle la ropa.

DOCT. Estad junto a él, señora, en el momento de despertarle. No dudo hallarle tranquilo.

CORD. Muy bien.

DOCT. Tened la bondad de acercaros. (Percíbese adentro una suave música.) Suenen un poco más alto los instrumentos.

CORD. (Inclinándose sobre su padre y abrazándolo). ¡Oh, padre mío amado! Sirva el contacto de mis labios de medicina para restaurar tu inteligencia, y repare este beso las horribles heridas abiertas en tu augusta persona por mis dos hermanas.

KENT ¡Querida y adorable princesa!...

CORD. Aun cuando no hubieras sido padre suyo,

debían moverlas a compasión estas canas. ¿Era para ser expuesto este semblante a la furiosa lucha de los vientos; o para hacer frente a los violentos choques y cruzados fuegos del rayo? ¡En noche como aquélla, el perro de mi contrario, aunque me hubiese mordido, hubiera encontrado sitio en un rincón de mi hogar; y tú, pobre padre mío, te viste obligado a compartir con cerdos y mendigos el lecho de paja de una inmunda choza! ¡Ay! lo que me asombra es que al propio tiempo que la razón no hayas perdido la vida. Ya despierta; (Al doctor.) habladle.

DOCT. Mejor es que le habléis vos, señora.

CORD. (A Lear). ¿Cómo está mi augusto soberano? ¿Cómo se encuentra Vuestra Majestad?

LEAR (Despertando). Me hacéis daño en arrancarme del sepulcro. (A Cordelia.) Tú eres un alma bienaventurada; yo estoy atado a una rueda de fuego; mis lágrimas queñan como plomo derretido.

CORD. ¿Me reconocéis, señor?

LEAR Tú eres un alma, lo sé; ¿cuándo has muerto?

CORD. ¡Todavía, todavía va divagando!

DOCT. Aun no ha acabado de disparatar: dejadle un rato concentrarse en sí mismo.

LEAR (Paseando al rededor suyo atónitas miradas.) ¿Dónde he estado? ¿Dónde estoy? ¡Qué hermosa es la claridad del día! Estoy subyugado por una ilusión inexplicable: no pudiera, sin morir de lástima, ver a otro hombre en semejante estado. No sé qué decir; me guardaré de jurar que sean estas mis manos. A ver: siento la picadura de ese alfiler. Quisiera adquirir la certidumbre de mi condición presente. (Cordelia se echa a sus pies.)

CORD. ¡Oh! Miradme, señor; extended sobre mí vuestras manos para bendecirme. No, (impidiendo a su padre que se arrodille) no sois vos, señor, quien debe arrodillarse.

- LEAR No os burléis de mí, por amor del cielo : soy un simple y caduco viejo que pasa de los ochenta, y temo no hallarme en mi cabal juicio. Paréceme conoceros a vos y a este hombre también (Señalando a Kent.) aunque no estoy seguro; ignoro en qué lugar me encuentro, y por mucho que me esfuerce, no recuerdo haber usado jamás estos vestidos, ni aun sé donde he pasado la noche última. Váis a reiros de mí, pero tan cierto como soy hombre, que me figuro reconocer en esta joven a mi hija Cordelia.
- CORD. Y lo soy, lo soy.
- LEAR ¿Es qué mojan tus lágrimas? Sí, en verdad No llores, te suplico. Si tienes para mí un veneno, lo beberé. Ya sé que no me amas, por que tus hermanas, en cuanto puedo recordar, me han agraviado: tú tendrás algún motivo de aborrecerme, ellas no lo tienen.
- CORD. Ninguno tampoco yo, ninguno.
- LEAR ¿Estoy en Francia?
- KENT. Dentro de vuestro propio reino, señor.
- LEAR No me engañéis. ¿Eres tú, Kent?
- KENT. El mismo, vuestro fiel Kent. ¿Y el criado que tomásteis hace dos semanas, qué se ha hecho?
- LEAR Es un excelente muchacho, a fe mía; es listo y da de firme. Hace días que no le veo : habrá muerto o se habrá marchado.
- KENT. No, rey mío; ese servidor soy yo.
- LEAR Voy a asegurarme de ello en seguida.
- KENT. Soy yo, que desde el principio de tamaños infortunios, he seguido vuestros dolorosos pasos.
- LEAR Sé muy bien venido. Reclamo la indulgencia de todos; soy anciano y débil de cabeza. Olvida y perdona, hija mía.
- DOCT. (A Cordelia.) Recobrad, señora, la esperanza : está curado, ya lo véis, de sus frenéticos transportes; pero aun hay peligro de renovar a su memoria las recientes huellas de

lo pasado. Instadle a retirarse dentro; no conviene importunarle más, hasta que el descanso haya fortalecido su espíritu.

CORD. ¿Gusta venir conmigo Vuestra Majestad?

LEAR Sí, a donde quieras. Te he recobrado al fin, Cordelia mía: el que pretenda separarnos ha de robar del cielo un tizón para ahuyentarnos a cada uno por su lado... Enjuga tus ojos; que a los que tratan de hacernos llorar, primero hemos de verlos devorados, carne y piel, por soez contagio, o consumidos por el hambre.

DOCT. Bastante, señora, bastante; no menos que antes el dolor, importa ahora tener a raya la ternura. (Entra en la estancia interior con Lear y Cordelia.)

ESCENA X

KENT, CABALLEROS y EDGARDO

KENT ¿Por dónde andábais, Edgardo? Se me hacía tarde el veros, no para pedir os cuenta de vuestro mensaje, sino para congratularme con vos del feliz resultado.

EDG. ¡Kent! ¡Kent! (Echándose en brazos de éste.) He perdido a mi padre en el momento de recobrarlo: yo, yo he sido la causa de su muerte...

KENT ¡Calmáos por piedad! Que no penetren ahí dentro vuestros sollozos: no vuelva a obscurecerse con nuevos dolores y lutos en su ténue crepúsculo el renaciente juicio del soberano. ¿Cuándo y cómo ha muerto vuestro noble padre?

EDG. Ahora mismo, a las puertas de Dover.

KENT ¿Y decían que se hallaba preso en su castillo?

EDG. Reducido a la ceguera, le soltaron. En-

contréle en el camino, conducido por un leal colono, con sus órbitas ensangrentadas semejantes a dos anillos que hubiesen perdido sus piedras preciosas; constituíme su guía, sostuve sus vacilantes pasos, salvéle de la desesperación, sin revelarle jamás quien era yo, y esta es mi enorme falta; hasta que, no sabiendo resistir por más tiempo al ímpetu del amor filial, me he descubierto, he implorado su bendición, le he referido desde el principio hasta el fin mis penosas correrías. ¡Pero, ay! su corazón ya quebrado, harto débil para soportar el conflicto entre los dos extremos del dolor y de la alegría, ha acabado por estallar, y ha expirado sonriendo en mis brazos.

KENT Reconocida por él vuestra inocencia, y restituído a vos su cariño, ¿qué mayor consuelo podía llevarse y dejaros?

EDG. ¡Insensato de mí! ¿Y no había yo de prevenir que el gozo podía ahogarle?

KENT ¿Es cierto que el duque de Cornualles ha pagado con la vida su barbarie? Castigo no menor aguarda al desnaturalizado hijo ligado con los verdugos de su padre. Edmundo avanza al frente de las huestes de Regania, reclamando la entrega del desposeído rey: ¿quién como vos, Edgardo, para reunir en defensa de éste la dispersa, pero brava escolta, ínterin llegan de Francia las tropas auxiliares?

EDG. Perdono al traidor bastardo de mis agravios; de los irrogados a mi padre he de exigirle rigurosa cuenta.

KENT ¡El Omnipotente dirija vuestro brazo, campeón leal, vengador justiciero!

FIN DEL ACTO CUARTO



ACTO QUINTO

Campamento de tropas inglesas en frente de Dóver; en primer término espaciosa tienda

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE DE ALBANIA y UNO DE SUS CABALLEROS

- ALB. ¿Por orden de quién se han puesto en marcha y avanzado hasta aquí mis gentes?
- CAB. Por orden de vuestra real consorte.
- ALB. ¿No cuentan ya con mi autoridad?
- CAB. Deben suponer, sin indagarlo, que la habéis transmitido a la princesa.
- ALB. ¿Manda también sus respectivas huestes Regania?
- CAB. En su nombre las acaudilla el joven Edmundo, el nuevo conde.
- ALB. ¡El hijo de Glóster! ¿Y sabe ya el feroz atentado cometido con su padre?
- CAB. Como que él le delató y salió del castillo para dejar libre curso al enojo del duque de Cornualles.
- ALB. ¿Y dónde se hallaba el malvado cuando al infeliz le sacaron los ojos?
- CAB. Acompañando en su regreso a vuestra esposa.
- ALB. ¡Justicia eterna! Terribles venganzas presiento si han de ser proporcionadas a tamaños crímenes. ¿Qué se ha hecho del infortunado ciego?

- CAB. Debe de estar a estas horas con los refugiados en Dover.
- ALB. Yo recompensaré, pobre Glóster, tu adhesión al anciano rey, y castigaré la barbarie de tus verdugos. (El Caballero se retira.)

ESCENA II

EL DUQUE DE ALBANIA y GONERILA

- GON. ¡Al fin venís decidido a desenvainar la perezosa espada, y a guiar las filas leales contra ese baluarte de traidores!
- ALB. ¿Y a qué llamas traición y a qué llamas lealtad, mujer perversa? Barajas extrañamente las ideas, y designas las cosas por sus más opuestos nombres.
- GON. ¿Y es mi marido el que conmigo emplea ese afrentoso lenguaje, y defiende así mi causa y la suya propia?
- ALB. Tu marido, sí, que recela de ti recibir el mismo tratamiento que tu padre. La que desconoce el origen de su existencia, no puede largo tiempo encerrarse en su deber.
- GON. Basta de necias pláticas.
- ALB. Vileza se les antoja a las almas viles la sabiduría y la virtud. ¿Qué habéis hecho, hienas? pues no he de llamaros hijas, ¿qué habéis hecho de vuestro padre? No habéis de hacerme cómplice vuestro, como a mi cuñado, a quien precipitásteis en la más negra ingratitud contra su bienhechor y suegro y en la perdición que le sobrevino.
- GON. Hombre pusilánime, que presentas al bofetón tu mejilla y al agravio tu cabeza, ¿no escuchas el estrépito de tus tambores? La Francia despliega sus banderas en nuestros tranquilos campos, y el invasor homi-

cida avanza con aire amenazador agitando las plumas de su yelmo; mientras tú, timorato imbécil, te cruzas de brazos, murmurando entre dientes: «¿A qué viene esta conducta?»

ALB. ¡Si pudieras ver tu semblante! Más horrible es la deformidad de una mujer que la de un aborto del infierno.

GON. ¡Insensato!

ALB. Si a merced de la indignación abandonase mis manos, rasgaran tus carnes y quebrantarían tus huesos. Sin embargo, aunque diabólica, sírvate de escudo tu sexo.

GON. Gracias a Dios que cobras aliento, aunque sea contra mí.

ESCENA III

Dichos y EDMUNDO

EDM. ¿Qué tardamos, señor? Adelántense nuestras filas, en combinación con las que a mis órdenes militan, a cercar los viejos muros de Dover; y prisionero queda ese puñado de caballeros rebeldes que levanta bandera por el caduco rey. El mar encrespado rechaza de nuestras costas los bajeles enemigos: antes de que asomen al horizonte, cerremos la retirada por el puerto a los que acertaron a desembarcar, y sin distinción de rango ni sexo, que paguen su osadía.

ALB. Siempre he sentido la necesidad de poner mi valor acorde con mi conciencia. Si empuño las armas, es porque la Francia invade el territorio patrio, no porque el rey se presente a reivindicar sus derechos con el apoyo de aquellos a quienes hemos dado harto graves y justos motivos de declararse contra nosotros.

- EDM. (Irónicamente). Noble y oportuno lenguaje empleáis.
- GON. ¡Buena ocasión de suscitar rencillas y que-
rellas de familia, cuando se trata de diri-
girse contra el común enemigo!
- ALB. ¿Y a quién llamáis enemigo común? ¿a
vuestro padre? Pues yo proclamo que el
que atente a una cana de su augusta ca-
beza, me dará cuenta de su conducta como
traidor vasallo. ¡Guerra al extranjero ar-
mado! Pero Cordelia no será extranjera,
mientras no se le quite toda razón de salir
a la defensa de su padre.
- EDM. Pensáis así: el duque de Cornualles hu-
biera podido pensar otra cosa.
- ALB. Y en el pensamiento como en la acción
nadie sino yo le reemplaza, y temerario
será quien contraponga sus facultades a
las mías. (Vase.)

ESCENA IV

GONERILA y EDMUNDO

- GON. Está visto! es su apocada timidez de es-
píritu que nada le permite emprender; se
desentiende de las injurias por no tener
que vengarlas. Volved a vuestras tiendas,
Edmundo: poned en orden a toda prisa la
hueste de mi hermana, y guiadla al com-
bate.
- EDM. Mi brazo y mi vida os pertenecen.
- GON. Usurpa mi lecho un imbécil, ¿Quién sabe,
bravo paladín, si podrán realizarse un día
los deseos que en cierta ocasión nos con-
fiamos recíprocamente? Si os aventuráis a
seguir el llamamiento de la fortuna, quizá
no tardéis en recibir órdenes de un amante.
Recibid este obsequio (poniéndole un collar),
inclinad la cabeza, excusad palabras; este
beso, si se atreviese a hablar, comunicaría

a vuestra alma soberano aliento. Comprendedme, y adiós.

EDM. ¡Siempre vuestro, hasta en las filas de la muerte!

GON. ¡Mi amado conde!... ¡Oh, qué diferencia de hombre a hombre! ¡Qué mujer no ha de entregarte su corazón! (Vase.)

ESCENA V

EDMUNDO

EDM. A las dos hermanas he jurado amor eterno; ambas, mutuamente celosas, andan picadas como de culebra. ¿Cuál he de tomar? ¿las dos? ¿una de ellas? ¿ninguna? Ni a una ni a otra puedo poseer, mientras entrambas permanezcan vivas. Aceptando a la viuda, exaspero, vuelvo loca a su hermana Gonerila; y por este otro lado, trabajo ha de costarme el adelantar, entretanto que aliente su marido. Por de pronto hagámosle concurrir al resultado del combate; después, la que de él desembarazarse quiera, use de los medios más expeditos para su intento. Respecto a los clementes antojos del duque para con Lear y Cordelia, ganada una vez la batalla, y caídas en nuestro poder sus personas, yo cuidaré, desconcertándolos, de que no quepa lugar a merced; pues lo que mi situación exige es obrar en defensa propia en vez de discutir.

ESCENA VI

Dicho y REGANIA

REG. ¿En qué pensáis, Edmundo? ¿Qué significa esa larga detención? Hace más de una hora

- que faltáis y mis tropas aguardan vuestras órdenes.
- EDM. Para ponerlas en movimiento ha sido antes menester cerciorarme de los propósitos del duque.
- REG. Mi querido adalid, bien conocéis mis benévolas intenciones respecto de vos; decidme, pero francamente, sin ocultarme nada de la verdad, ¿jamás a mi hermana?
- EDM. Con respetuoso afecto.
- REG. Pero ¿no os ha sucedido aspirar al puesto ya ocupado en que tropezáis con su consorte?
- EDM. Estáis en un error.
- REG. Temo que os halléis unido e identificado con ella tanto, que podamos llamaros suyo.
- EDM. No, a fe mía, señora.
- REG. No se lo consentiré jamás. Amado conde, mostráos menos familiar con ella.
- EDM. No receléis de mí, descansad en mi corazón como en mi brazo. (Se aleja.)

ESCENA VII

REGANIA y luego OSVALDO

- REG. No es sincero. Puede ser que no la ame... ¿y cómo habría de amarla? pero carece de vigor para substraerse a la tenaz insistencia de una pasión adúltera. Fuerza será que se decida. (Viendo a Osvaldo que se asoma cautelosamente a la entrada.) ¿Qué buscas?
- OSV. Pensaba hallar aquí al conde Edmundo.
- REG. No importa; dame el billete; yo se lo entregaré.
- OSV. (Atónito.) ¿Qué billete, señora!
- REG. Si lo sé; si hemos convenido con mi hermana que yo he de entregárselo al conde.
- OSV. Ignoro a qué os referís. Permitid...
- REG. (Cortándole la salida y con voz de trueno.) De ro-

dillas, miserable. Suelta acá ese papel, o te hago desnudar a mi presencia y dar muerte en seguida.

OSV. (Entregando el billete.) ¡Por piedad, señora! vais a comprometer mi existencia...

REG. De todas maneras la tienes en peligroso trance. Huye y escóndete, que es el único medio de salvarla. (Osvaldo sale corriendo.)

ESCENA VIII

REGANIA

REG. Me lo daba el corazón; tengo en la mano la prueba y temo apurarla. Acabemos. (Rompiendo el sello y leyendo con ansia.) «Va a darse la batalla; mil ocasiones hallarás para deshacerte de él; tiempo y lugar propicios se te presentarán, si la voluntad no te flaquea. Recuerda nuestros recíprocos votos: nada hay hecho si vuelve victorioso; quedo entonces prisionera suya, con su lecho por cárcel. Librame de su detestable calor, y toma en recompensa el puesto vacante. Tu esposa (quisiera yo poder decir), por ahora nada más tu afectísima sierva.» No, no ha de conseguirlo; piérdase antes la batalla. No dejaré arrancarme por un nefando crimen los derechos que la viudez me ha franqueado... ¡Oh, Providencia! ¡Ahí llega la víctima! Me la envías para descubrirle la asechanza que se le tiende.

ESCENA IX

REGANIA y EL DUQUE DE ALBANIA

ALB. ¿Qué me indica ese azoramiento?

REG. No es por mí, duque.

ALB. ¿De qué se trata?

- REG. De vuestra vida amenazada por quien más debería defenderla. Leed. (Le da la carta.)
- ALB. (Después de leerla rápidamente.) ¡A tal extremo de perversidad ha llegado!... Mas no comprendo que vos su hermana seáis cabalmente quien la denuncie.
- REG. Porque soy su hermana me intereso en ahorrarle un crimen. Os suplico que no lo castigáis, ya que de proyecto no pasa, sino alejándole y quitándole la ocasión de cometerlo.
- ALB. En su infame cómplice recaerá la justa pena.
- REG. No, duque, no; Edmundo no consiente en la negra trama. Es solicitado, es perseguido, pero jamás suscribirá a una perfidia. ¿Por qué habría de manchar adúlteramente un tálamo ocupado, cuando puede ofrecerle otro nada inferior sin riesgo y sin delito una legítima esposa?
- ALB. ¡Habláis con un calor!...
- REG. Duque, vigilad a Gonerila: yo os respondo de Edmundo. Estoy tan interesada como vos mismo en precaveros de todo daño. (Vase.)

ESCENA X

EL DUQUE DE ALBANIA, luego el CABALLERO de la 1.^a escena

- ALB. Urge prevenir el combate y restablecer a Lear en el trono; pero antes hay que asegurarse de Edmundo. (Al Caballero que se acerca.) Que venga en seguida el conde.
- CAB. Acaba de coger prisionero al anciano rey con la princesa su hija.
- ALB. ¿Cómo? ¿Dónde?
- CAB. En el momento de embarcarse prófugos para Francia, perdida ya toda esperanza de auxilio.

- como la de Cordelia y de su padre requieren ocasión más oportuna para ventilarlas.
- ALB. Permitidme deciros, conde, que el entremeteros en este negocio no es propio de un súbdito, como lo sois a mis ojos, sino de quien fuese igual mío.
- REG. Esto depende del grado de favor que me plazca concederle; paréceme que antes de propasaros a tal lenguaje, se hubiera podido consultar mi beneplácito. Yo le he revestido de mis facultades, le he confiado mi dignidad y mi persona, le he puesto inmediato a mí: bien puede levantar la frente y titularse igual vuestro.
- GON. Menos pasión, hermana; más que a vuestras mercedes debe la elevación a sus propios merecimientos.
- REG. Con mis derechos y con mi investidura a ninguno de los mejores ceda el paso.
- GON. ¿Qué más diríais si fuera vuestro marido?
- REG. A veces los burlones resultan profetas.
- GON. ¿De veras?
- REG. No me encuentro bien, señora; sin esto os contestaría todo lo que adentro rebosa. General, (A Edmundo.) tomad mis soldados, mis prisioneros, mi patrimonio; disponed de ellos y de mí: todo es vuestro. Tomo por testigo al mundo que os declaro desde ahora señor y dueño mío.
- GON. ¿Pretendéis poseerlo exclusivamente?
- ALB. (A Gonerila.) El consentirlo no depende de vuestra buena voluntad.
- EDM. Ni de la vuestra, duque.
- ALB. Si que depende, bastardo.
- REG. Hablen los tambores, y tú (A Edmundo.) muestra que son tuyos mis títulos.
- ALB. Quietos todavía, dad oído a la razón por un momento. Yo te arresto, Edmundo, por delito de alta traición, y en tu arresto incluyo a esta dorada serpiente (Señalando a Gonerila.) Tocante a vuestra pretensión, gentil hermana, la rechazo en nombre de mi

mujer que está ligada a la sordina con este caballero, y yo su marido pongo interdicto a vuestras proclamas; si queréis casaros, hacedme el amor a mí, que él está comprometido con mi esposa.

GON. ¿Qué farsa es esa?

ALB. Armado estás, Edmundo; yo te reto a singular combate. Suena la corneta y si nadie se presenta a denunciarte reo de abominables perfidias, ahí va mi prenda (Tira al suelo la manopla.) quiero no probar el pan antes de haber demostrado, metiéndote la punta en el corazón, que eres tal como acabo de proclamarte.

REG. Me siento mala. ¡Oh! Muy mala.

GON. (Si así no fuese, perdería toda fe en los venenos).

EDM. He aquí en cambio mi guante. (Lanzándolo en tierra.) Cualquiera haya en el mundo que me califique de traidor, miente como un villano. Hagan el llamamiento las trompetas: contra el que a acercase se atreva, mantendré firmemente mi lealtad y mi honra.

ALB. (Gritando.) Un heraldo. ¡Eh!

EDM. ¡Un heraldo! ¡Venga un heraldo!

ALB. Nada esperes, sino solamente de tu valor, porque tus soldados, reclutados en mi nombre, en mi nombre acaban de ser licenciados.

REG. Se me aumenta el malestar.

ALB. Está sufriendo; conducidla a su tienda. (Se la llevan.)

ESCENA XII

Dichos, menos Regania, UN HERALDO

ALB. Acércate, heraldo; suena la trompeta y tú lee esto, en alta voz. (Óyese el sonido de los instrumentos.)

HER. (Leyendo un cartel.) «Si hombre hay de graduación o de linaje en las filas del ejército, dispuesto a sostener que el titulado conde Edrundo es mil veces y por mil maneras traidor, preséntese al tercer toque de trompeta, que el interesado está pronto a dar razón de sí.»

EDM. Sonad. (Dase la primera señal.)

HER. Otra vez. (Toca la segunda.) Otra vez. (Toca la tercera: óyese el sonido de otra trompeta que contesta desde dentro.)

ESCENA XIII

Los mismos y EDGARDO que entra armado con la visera calada y precedido por un trompeta.

ALB. (Al heraldo.) Pregúntale su designio y el objeto con que acude al llamamiento de la trompeta.

HER. ¿Quién eres? ¿Tu nombre? ¿Tu calidad? ¿Porqué respondes al presente reto?

EDG. Sábetete que el nombre lo he perdido, roído hasta los huesos por el diente de la traición, mordido por el cáncer de la calumnia; soy, no obstante, tan noble como el adversario, con quien vengo a batirme.

ALB. ¿Quién es este adversario?

EDG. ¿Quién es el que sale a la defensa del conde Edmundo?

EDM. El mismo: ¿qué tienes que decirle?

EDG. Desnuda tu espada, a fin de que si mi lenguaje ofende un noble corazón, tu brazo le haga justicia: aquí está la mía. (La saca.) Mira; es el privilegio que me confieren mis honores, mi juramento, mi profesión. Protesto, a pesar de tu fuerza, de tu juventud, de tu posición y de tu eminente rango, a despecho de tu vencedora espada y de tu novel fortuna, de tu valor y de tus

bríos, que eres un traidor, falso con Dios, con tu hermano y con tu padre, conspirador contra este excelso e ilustre príncipe, y desde el vértice de la cabeza hasta la polvorosa planta de tus pies traidor más inmundo que un sapo. Di que no, y esta espada, este brazo, el más vigoroso aliento de que soy capaz, van a probarte sobre ese corazón al cual me dirijo, que mientes.

EDM. En rigor, debiera preguntarte el nombre; pero tan gallardo y belicoso continente muestras y tan distinguido origen revela tu habla, que todas las fórmulas y nimiedades, con que pudiera yo demorar la contienda según reglas de caballería, las desdeño y las repudio. Esas traiciones que me imputas yo las rechazo sobre tu frente, y te devuelvo con doble vigor tu execrable desmentida; mas como las palabras son armas que centellean y no hieren, este acero va abrirles un sangriento camino hasta tu corazón, para que en él queden para siempre clavadas. Haced la señal, trompetas. (Dada la señal, trábase la pelea entre los dos hermanos, y a los pocos momentos cae Edmundo.)

ALB. Salvadle, salvadle.

GON. (Desolada.) Es una emboscada, Edmundo. La ley de las armas no te obligaba a reñir con un desconocido; no eres vencido, no, sino víctima de alevoso engaño.

ALB. Sellad los labios, señora, o con este papel los cerraré yo. Mira; (A Edmundo.) a ti va dirigido. Lee aquí tus maldades, (A Gonerila.) oh la más indigna de las criaturas. No hay que romperlo, señora; ya veo que lo reconocéis. (Dáselo a Edmundo.)

GON. ¿Y bien, dado que así sea... las leyes están a mi disposición y no a la tuya; ¿quién osará querellarse contra mí?

- ALB. ¡Hay mayor monstruosidad! ¿Reconoces la carta?
- GON. Lo que sabes no me lo preguntes. (Sale arrebatadamente.)
- ALB. (A un oficial.) Seguidla, vigiladla; su desesperación es violenta.

ESCENA XIV

EL DUQUE DE ALBANIA, EDMUNDO, EDGARDO y ESCOLTA

- EDM. (Apretándose la herida, tendido y apoyado sobre el codo, a Edgardo.) ¿Quién eres tú que acabas de interponerte en mi triunfal carrera, dando en tierra con mis grandiosas esperanzas? Si eres noble, te perdono.
- EDG. No quiero que me ganes en generosidad. Mi sangre no es menos ilustre que la tuya, Edmundo, y si es más limpia, mayores son los agravios que me has hecho. Edgardo me llamo, y soy el hijo del conde de Glóster. La justicia de Dios saca de nuestras mismas flaquezas el instrumento con que las castiga: esa unión ilícita, a la cual debes la existencia, ha costado los ojos y abreviado los días a nuestro padre.
- EDM. Yo no tengo la culpa de mi nacimiento, antes bien, puedo imputarle las mías en gran parte.
- ALB. (A Edgardo.) Tu porte bastaba para revelarme tu nobleza; deja que te abrace. Rómpace mi corazón, si es que ha abrigado jamás la menor hostilidad contra tu padre o contra ti.
- EDG. Lo sé, digno príncipe.
- ALB. Auxiliad a este desgraciado sin demora: (Señalando a Edmundo.) su vida me responde de las de Lear y de Cordelia. ¿Qué has hecho del padre y de la hija? ¿Dónde están?

- EDM. Sobre sus cabezas pende la cuchilla; orden hay de descargarla a la menor tentativa que se haga para librarlos.
- ALB. ¡Miserable!
- EDG. (A Edmundo.) ¿Quién ha recibido esta orden? Para revocarla, de rodillas te lo suplico, envía una contraseña que pueda ser reconocida.
- EDM. Toma mi espada y entrégala al oficial que guarda la torre. Yo quisiera vivir... Hagamos el bien, siquiera una vez, a despecho de mi naturaleza.
- ALB. Corred, Edgardo, corred.
- EDM. No haya pérdida de momento. Cordelia debía ser ahogada en la prisión, y atribuirse su muerte a un desesperado suicidio.
- EDG. ¡Protéjala el cielo! (Sale corriendo.)

ESCENA XV

EL DUQUE DE ALBANIA, EDMUNDO y EL CABALLERO
de antes

- CAB. (Llegando sin aliento). ¡Socorro! ¡Socorro!
- ALB. ¿Socorro a quién? ¿Qué significa ese puñal ensangrentado?
- CAB. ¡Todavía humea! Sale del corazón de...
- ALB. ¿De quién? Habla.
- CAB. De vuestra esposa, señor, de vuestra esposa.
- ALB. ¡Cielos!
- CAB. Ha envenenado a su hermana, ella misma lo ha confesado, y se ha dado luego la muerte.
- ALB. Ejemplos de la justicia divina, propios para excitar en el corazón un saludable terror, pero no lástima.
- EDM. Se han extinguido al fin sus recíprocos celos; el que los causaba va a extinguirse

también. Conducidme por pocas horas a mi lecho de muerte. A las dos hermanas, tenía empeñado mi cariño; que nos reuna a los tres una misma tumba. (Llévenselo dos soldados.)

ESCENA XVI

EL DUQUE, luego LEAR con el cadáver de Cordelia en brazos, seguido de EDGARDO, de KENT y de un OFICIAL.

ALB. (Impaciente a la entrada de la tienda.) ¡Quiera Dios llegue Edgardo a tiempo para salvar al desventurado rey y a su amante hija! ¡Gracias al cielo! Vuelvo a escuchar aún la poderosa voz de Lear... Pero ¿qué veo? ¿Qué pesada carga trae en brazos?

LEAR (Entrando.) Ahullad, ahullad, ahullad... ¡Oh! Sois de piedra: si tuviera yo vuestras voces y vuestros ojos, yo haría de manera que se hundiese la bóveda del firmamento. ¡Ah! Perdido para siempre. (Depone el cadáver y lo examina.)

KENT (Arrodillándose.) ¡Oh, mi buen amo!

LEAR Apártate, hazme favor.

EDG. Es el noble Kent, vuestro más fiel amigo.

LEAR ¡Maldición sobre todos, asesinos, traidores todos! Yo hubiera podido salvarla, y ahora... ¡perdida para siempre!... Cordelia, Cordelia. Su voz era siempre dulce, sonora y modesta, cual sienta bien en una mujer... He muerto al miserable que te ahogaba.

CAB. Le ha muerto realmente.

LEAR ¿No es verdad, amigo? Días he visto brillar en que, sólo con blandir mi segador alfanje, las hubiera hecho correr como el viento; ahora soy viejo, y todos estos trabajos me enflaquecen.

ALB. Si jamás pudo la fortuna jactarse de sumir a un hombre en más hondo abismo desde mayor altura, a nuestra presencia lo tenemos.

KENT Desolación, luto, muerte, es cuanto en derredor se nos presenta. Vuestras hijas mayores, señor, se han hecho justicia a sí mismas, han muerto desesperadamente.

LEAR Sí, lo creo.

ALB. Ni siquiera sabe lo que dice; es inútil hablarle y presentarnos a sus miradas. No obstante, dispensemos a esta augusta ruina cuantos consuelos estén en nuestra mano. Por mi parte renuncio en favor del anciano monarca mi absoluto poder para que de él disfrute por el resto de su vida. Vosotros (A Kent y Edgardo,) reintegrados en los derechos y acrecidos en honores, me ayudaréis a soportar la carga y a cicatrizar las heridas del reino. (Al ver a Lear que se incorpora lanzándose sobre el cadáver.) ¡Mirad! ¡Mirad!

LEAR ¡La han ahogado a mi pobre niña! No, no, no hay vida ya. ¡Y qué! La tienen un caballo, un perro, un reptil, y tú ya no respiras. ¡Oh! No has de volver jamás, jamás, jamás, jamás, jamás. Aflojadme ese cinto... Gracias. ¿Véis esto? ¡Miradla, mirad sus labios, mirad, mirad aquí. (Pega sus labios a los de Cordelia y expira.)

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA

TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21-BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar	La ladrona de niños
La Ola gigante	Los dioses de la mentira
El señor Conde de Luxemburgo	Cristo contra Mahoma
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes	Juventud de Príncipe Juan José
El Sol de la Humanidad	La sociedad ideal.
Zazá	La cizaña
Mujeres Vienesas	Entre ruinas
Hamlet	La vida es sueño
Giordano Bruno	Sabotage
El Nido Ajeno.	Pasa la ronda
El Rey	Magda
Prisionero de Estado o La Corte de Luis XIV	El Papá del Regimiento
Los Miserables	El Alcalde de Zalamea
	Los dos pilletes
	D. Juan de Serrallonga
	El Rey Lear

Seguirá la obra

ESPECTROS

ORIGINAL DE

ENRIQUE IBSEN



Precio: DOS pesetas